

TARTUFO
de Moliere

TARTUFO

PERSONAJES

La señora Pernel, madre de Orgón.

Edelmira, segunda mujer de Orgón.

Mariana, hija de Orgón, hijastra de Edelmira y enamorada de Valerio.

Dorina, doncella de Mariana.

Felipa, criada de la señora Pernel.

Orgón, esposo de Edelmira y padre de Damis y de Mariana.

Damis, hijo de Orgón e hijastro de Edelmira.

Valerio, enamorado de Mariana.

Cleanto, cuñado de Orgón.

Tartufo, falso devoto.

El señor Leal, alguacil.

El Oficial Real.

(La acción se desarrolla en París, en casa de Orgón).

PRIMER ACTO

ACTO PRIMERO: ESCENA PRIMERA

Señora Pernel, Edelmira, Dorina, Damis, Mariana, Cleanto y Felipa.

SRA. PERNEL.- ¡Anda, Felipa, date prisa, que estoy deseando perderlos de vista!.

EDELMIRA.- Vais a un paso que no puedo seguirlos.

SRA. PERNEL.- Quédate, nuera; no es preciso que me acompañes. No necesito tantos cumplidos.

EDELMIRA.- No hago otra cosa que respetaros como es debido. Pero ¿por qué motivo os marcháis tan de prisa?

SRA. PERNEL.- Porque me indigna tanto desgobierno y que nadie se tome la molestia de darme gusto. Sí, me voy muy disgustada de una casa como ésta en la que se hace caso omiso de todos mis consejos. Aquí todo son gritos y faltas de respeto. Esta casa es una olla de grillos.

DORINA.- Si...

SRA. PERNEL.- Y tú, para ser una doncella, resultas demasiado habladora e impertinente. No hay tema en el que no te guste dar tu opinión.

DAMIS.- Pero si...

SRA. PERNEL.- Tú eres tonto, hijo mío. Te lo digo yo que soy tu abuela. ¡Pues no le predije yo veces a mi hijo, tu padre, que ibas para pícaro y que le darías muchos disgustos!

MARIANA.- Yo creo que...

SRA. PERNEL.- Y tú, que eres su hermana, te haces la modosita, la mosquita muerta; parece que nunca has roto un plato. Pero con razón dicen: líbrenos Dios del agua mansa. Bajo esa apariencia tuya llevas un género de vida que no me gusta ni un pelo.

EDELMIRA.- Pero, madre...

SRA. PERNEL.- No te enfades, nuera, pero tu conducta deja mucho que desear; tú, que habrías de servir de ejemplo a tus hijos... Su difunta madre se habría comportado mucho mejor. Eres una despilfarradora; me molesta que vayas vestida como si fueras una princesa. La que sólo pretende gustar a su marido no necesita adornarse tanto.

CLEANTO.- Pero, señora, a fin de cuentas...

SRA. PERNEL.- En cuanto a ti, que eres su hermano, te estimo en lo que vales y te respeto; pero si yo estuviera en el lugar de mi hijo, te pediría encarecidamente que no pusieras los pies en mi casa. Predicas una forma de vida que resulta impropia de

personas decentes. Te estoy hablando con toda sinceridad, pero yo soy así, y no me guardo nada dentro.

DAMIS.- No hay duda de que ese Tartufo debe sentirse muy feliz...

SRA. PERNEL.- Es un hombre de bien al que hay que prestar atención. No puedo soportar que un loco como tú le censure sin ningún motivo.

DAMIS.- ¿Y yo voy a soportar que un beato como ése trate de tiranizar esta casa, y que no podamos consentirnos otras diversiones que las que ese buen señor nos permite?

DORINA.- Si fuéramos a hacerle caso y a seguir sus máximas, no podríamos hacer nada que no fuera un crimen. En todo se tiene que meter ese criticón empedernido.

SRA. PERNEL.- Todo lo que critica, bien criticado está. No pretende otra cosa que llevaros al cielo. Mi hijo debería esforzarse en que todos le tuvieseis cariño y respeto.

DAMIS.- No, abuela; ni mi padre ni nadie me puede obligar a mí a que le quiera. Mentiría si dijera otra cosa, pero la verdad es que su forma de comportarse me saca de quicio. Presiento que esto va a acabar muy mal.

DORINA.- Es verdad; resulta escandaloso que un desconocido venga a adueñarse de todo, que un miserable que llegó aquí descalzo y con una ropa de lo más pobre, termine no pareciendo lo que era, de tanto como ha cambiado al comportarse como si fuera el dueño y señor.

SRA. PERNEL.- ¡Válgame Dios! Más os valdría a todos cumplir sus piadosas enseñanzas.

DORINA.- En vuestra imaginación pasa por santo; pero creedme si os digo que todo lo que hace no es más que pura hipocresía.

SRA. PERNEL.- ¡Qué lengua tienes!

DORINA.- Ni él, ni su criado Lorenzo me inspiran la más mínima confianza.

SRA. PERNEL.- No sé cómo será su criado en el fondo, pero estoy segura de que el amo es un hombre de bien. No le queréis ni le aceptáis porque no hace más que cantaros las verdades a la cara. Su corazón no resiste el pecado; lo único que le mueve es la virtud y el ansia de alcanzar el cielo.

DORINA.- ¡Ah!, ¿sí? Entonces ¿por qué de un tiempo a esta parte no puede soportar que vengan visitas a esta casa? ¿En qué ofende al cielo una visita honrada, para armar unos jaleos que nos traen a todos de cabeza? Si me permitís que lo diga, aquí entre nosotros, juraría que tiene celos a causa de la señora. (*Señalando a Edelmira*).

SRA. PERNEL.- ¡Calla y mira bien lo que dices! No es él la única persona que censura todas esas visitas. Todo ese alboroto que arma la gente con la que alternáis, todas esas carrozas paradas siempre a la puerta, y todo ese griterío de criados son cosas que forzosamente tienen que molestar al vecindario. No quiero decir que haya

nada reprochable en todo eso, no, pero da pábulo a la murmuración, y eso nunca beneficia.

CLEANTO.- ¡Pero bueno! ¿Es que queréis impedir que hablemos con la gente?. La vida sería muy aburrida si hubiera que prescindir de los mejores amigos por culpa de los chismorreos de la gente necia. Y aunque decidiéramos hacerlo, ¿creéis que con eso conseguiríamos que esa gente dejara de chismorrear? No hay murallas que puedan contener la maledicencia. No prestemos entonces atención a las habladurías de la gente. Tratemos de vivir honradamente y dejemos que los chismosos digan lo que quieran.

DORINA.- ¿A que son Dafne, nuestra vecina, y el idiota de su marido quienes nos ponen de vuelta y media? Los que se comportan de una forma más risible son siempre los primeros en criticar a los demás. En cuanto vislumbran el más mínimo gesto de amistad, se ponen a difundir muy contentos la noticia, dándole el aspecto que desean que tenga. Se valen de los actos de los demás, pintándolos a su modo, para justificar los suyos a los ojos del mundo, y bajo la apariencia falsa de alguna semejanza tratan de disculpar sus intrigas, o de hacer que recaiga en otros la censura de la gente que ellos tanto se merecen.

SRA. PERNEL.- No sé a qué vienen todos esos razonamientos. Todos sabemos que Orante lleva una vida ejemplar, que tiene los ojos puestos en el Cielo... Pues bien, he sabido por terceras personas que también ella critica mucho a la gente que viene por aquí.

DORINA.- ¡Menudo ejemplo y menuda señora! Claro que vive con mucha austeridad, pero ha sido la edad lo que ha encendido en su alma ese celo tan ardiente. Todo el mundo sabe que es extremadamente casta muy a pesar suyo. Bien que ha disfrutado mientras ha podido despertar la admiración de los hombres, pero cuando ha visto que se apagaba el brillo de sus ojos, se ha puesto a renunciar a un mundo que la rechaza, y a disfrazar la debilidad de sus marchitos encantos con el ostentoso velo de una elevada sabiduría. Se trata de un cambio que siempre han llevado a cabo las coquetas de toda la vida. Les resulta muy duro darse cuenta de cómo salen huyendo sus galanes. Ante tal abandono, no se les ocurre nada mejor a sus sombrías inquietudes que oficiar de virtuosas y de castas. No hay nada que no censuren ni perdonen esas señoras tan rigurosas. Critican a otras no por caridad, sino por envidia. No pueden soportar que otras gocen de lo que la vejez les impide gozar a ellas.

SRA. PERNEL.- Esos son los típicos cuentos chinos que tanto os gustan. En tu casa, nuera, ha de estar punto en boca, porque esta señora es la que siempre lleva la voz cantante. Pero, en fin, haré uso de la palabra para deciros que estoy convencida de que mi hijo ha hecho muy bien acogiendo en su casa a ese santo varón que el cielo os ha enviado para guiaros a todos por el camino de la virtud. Debéis escucharle por vuestro bien, pues no censura nada que no sea censurable. Todas esas visitas, esos bailes, esas conversaciones no son más que invenciones del espíritu maligno. Aquí no se oye ni una palabra piadosa, sino charlas vacías, canciones y frivolidades. No os extrañe que alguien se tome la delantera y se ponga a murmurar de quien le da pie para ello. La gente sensata termina sintiéndose mareada con el alboroto de tanto sarao, y por menos de nada surge todo tipo de habladurías. Como muy bien dijo un predicador el otro día, se produce una especie de torre de Babel, porque cada cual charla a más no poder y cuenta la historia a su aire. *(Señalando a Cleanto)* ¡Y encima el señor se ríe! Id en busca de todos esos locos que tanto os divierten, y si... Adiós,

nuera; no quiero seguir hablando. Sabed que se ha reducido a la mitad la estima que tenía por esta casa, y que ha de llover mucho antes de que yo vuelva a poner los pies en ella. (*Le da una bofetada a Felipa*) ¿Y tú qué haces soñando o pensando en las musarañas? Como que hay Dios, que ya te calentaré yo luego las orejas. ¡Muévete, camina, bribonzuela!

ACTO PRIMERO: ESCENA SEGUNDA

Cleanto y Dorina.

CLEANTO.- Yo no voy, no vaya a ser que esa buena anciana continúe con sus rapapolvos.

DORINA.- Es una lástima que no os haya oído decir eso. Habría contestado que sois muy galante, pero que aún no tiene edad para merecer ese apelativo.

CLEANTO.- ¡Vaya forma de enfadarse con todo el mundo sin ningún motivo! ¡Y que ciega está con su Tartufo!

DORINA.- Pues esto no es nada en comparación con su hijo. Si le hubierais visto, diríais que es mil veces peor. Durante las últimas revueltas políticas se comportó de una forma sensata y demostró ser un valiente al ponerse al servicio de nuestro príncipe. Pero desde que le dio por ese Tartufo, está como alelado. Le llama hermano y le quiere cien veces más que a su madre, a sus hijos y a su esposa juntos. No tiene secreto que no le confie, ni acto que él no dirija con su prudencia proverbial. Le mima, le besa... Ni a un amante le prodigaría una ternura mayor. Quiere que presida la mesa, y le mira embelesado cuando come como si tuviera seis bocas. Los mejores bocados de cuanto se sirve son para él. Si eructa, le dice: "¡Que aproveche!" En suma, le tiene loco; es su dios: su héroe; le admira en todo momento, le cita a cada paso... Sus actos más insignificantes le parecen milagrosos, y tiene por artículo de fe todo lo que dice. El otro, que conoce a su víctima y que quiere aprovecharse de ella, tiene el arte de dejarle con la boca abierta con mil artimañas. A todas horas le esta sacando cuartos con sus beaterías, y se cree con derecho a criticarnos a todos los de la casa. Hasta ese idiota de criado que tiene se atreve a darnos consejos. El otro día, el muy hipócrita rasgó con sus propias manos un pañuelo que apareció entre las páginas de un libro piadoso llamado Flores de Santidad, diciendo que habíamos cometido un pecado terrible al mezclar los adornos del demonio con las cosas santas.

ACTO PRIMERO: ESCENA TERCERA

Edelmira, Mariana, Damis, Cleanto y Dorina.

EDELMIRA.- Os habéis librado del discurso que nos ha soltado en la puerta. He visto de lejos a mi marido, pero como él no ha reparado en mí, me voy a esperarle arriba.

CLEANTO.- Yo le esperaré aquí para no perder tiempo. Sólo quiero darle los buenos días.

DAMIS.- Por Dios Santo, háblale de la boda de mi hermana, pues sospecho que Tartufo se opone a ella y que está obligando a mi padre a que dé largas al asunto. Ya sabes el interés que tengo por esto. Si mi hermana y Valerio se aman

apasionadamente, no ignoras que yo también adoro a la hermana de mi amigo. Si tuvieras que...

DORINA.- Aquí llega.

ACTO PRIMERO: ESCENA CUARTA

Orgón, Cleanto, Dorina.

ORGÓN.- Buenos días, hermano.

CLEANTO.- Ya me iba, y me alegra ver que ya estás tú de regreso. Aún no está el campo muy florido, ¿verdad?.

ORGÓN.- Espérame un momento, cuñado, por favor. No me sentiré tranquilo hasta saber qué nuevas hay por aquí (*A Dorina*). ¿Ha ido todo bien durante estos días? ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tal están todos?

DORINA.- Anteayer estuvo la señora con fiebre hasta que se hizo de noche. No os podéis figurar el dolor de cabeza que le entró.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- ¿Tartufo? Está estupendamente: rollizo, sano, con la tez fresca y los labios rojos.

ORGÓN.- ¡Es un bendito de Dios!

DORINA.- Por la noche no tenía nada de apetito y no quiso probar bocado a la hora de la cena. ¡Le dolía tanto la cabeza!

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Cenó solo, delante de ella, y con toda devoción se zampó un par de perdices y un picadillo de media pierna de cordero.

ORGÓN.- ¡Es un bendito de Dios!

DORINA.- No pudo pegar ojo en toda la noche. Le entró una calentura que no le dejó dormir, y tuvimos que estar en vela a su lado hasta que amaneció.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Movidito por un dulce sueño, se metió en su alcoba en cuanto se levantó de la mesa, y se acostó en su cama bien calentito, donde estuvo durmiendo sin dar muestras de inquietud hasta la mañana siguiente.

ORGÓN.- ¡Es un bendito de Dios!

DORINA.- Al final, se dejó convencer para que se le hiciera una sangría; lo que hizo que se mejorara enseguida.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Se despertó muy animoso, como es natural. Tras fortalecer su alma contra todo mal, se bebió cuatro largos tragos de vino durante el desayuno, en compensación de la sangre que había perdido la señora.

ORGÓN.- ¡Es un bendito de Dios!

DORINA.- Los dos están ya bien. Voy a decirle a la señora el interés que os habéis tomado por su mejoría.

ACTO PRIMERO: ESCENA QUINTA

Orgón y Cleanto.

CLEANTO.- Esa doncella se ha estado riendo de tí en tus propias narices, hermano mío. No quisiera que te enfadases, pero te diré con toda franqueza que no le faltan motivos. ¿Cuándo se ha visto un capricho semejante? ¿Es posible que un hombre tenga una capacidad tal para encandilarte, hasta el punto de hacer que te olvides de todo por él, y que tras haber remediado su miseria en tu casa, llegues incluso a...?

ORGÓN.- Alto ahí, cuñado, que no sabes de quién estás hablando.

CLEANTO.- No lo sé, si lo prefieres; pero no hace falta mucho para saber de qué clase de hombre se trata.

ORGÓN.- Te encantaría conocerlo, hermano. Toda la vida estarías dando gracias por ello. Es un hombre que..., ah..., un hombre..., en fin, un hombre. El que sigue sus consejos, disfruta de una profunda paz y considera que el mundo no es más que un lodazal. Me siento otro cuando le oigo hablar. Me enseña a no sentir afecto por nada; aparta de mi alma todo sentimiento de amistad. Aunque se me muriera mi hermano, mis hijos, mi madre y mi mujer, no sentiría nada.

CLEANTO.- ¡Pues sí que tienes unos sentimientos humanos, hermano mío!

ORGÓN.- ¡Ah! Si hubieras visto cómo le conocí, le habrías tomado tanto afecto como yo. Todos los días venía a la iglesia y con aire sumiso se ponía de rodillas a mi lado. Era tanto el fervor que ponía en sus oraciones que atraía sobre sí las miradas de cuantos le rodeaban. Lanzaba suspiros, besaba el suelo humildemente una y otra vez... Siempre que yo iba a salir, se adelantaba inmediatamente para ofrecerme agua bendita a la puerta. Al saber por su sirviente, el cual le imitaba en todo, quién era y en qué pobreza se veía sumido, le hice algunos regalos. Sin embargo, con una modestia que no suele ser corriente, trataba siempre de devolverme una parte de ellos. "Es demasiado - me decía -; me basta con la mitad. No merezco que os apiadéis de mí.". Y cuando yo me negaba a que me devolviera lo que le había dado, se ponía a repartirlo entre los pobres delante de mis ojos. Al final, el Cielo me inspiró que le diera cobijo en mi casa, y desde entonces todo fueron prosperidades en ella. Observo que a todos amonesta, y que hasta me hace el honor de tomarse un interés especial por mi esposa; me previene de las personas que la cortejan y se muestra seis veces más celoso que yo. No te puedes imaginar hasta qué extremos llega su celo. Cualquier nimiedad que haga le parece que es un pecado; se escandaliza por cualquier nadería.

El otro día llegó a acusarse de haber matado con excesiva ira una pulga que había cogido mientras estaba rezando.

CLEANTO.- ¡Caramba, hermano! Tú estas loco. ¿Me dices todo eso para tomarme el pelo? ¿Qué pretendes, que todas esas estupideces...?

ORGÓN.- Tus palabras huelen a libertinaje, hermano mío. Tienes el alma algo empecatada. Te he predicho muchas veces que acabarás dando un mal paso.

CLEANTO.- He aquí la forma típica que tienen de hablar todos los que son como tú. Quieren que todo el mundo esté tan ciego como ellos. Quien es perspicaz y se niega a adorar falsos ídolos lo tenéis por libertino. Vamos, hombre, que tus frases no me asustan. Sé muy bien lo que digo, y el Cielo conoce el fondo de mi corazón. No soy un esclavo de esos beatos vuestros que hacen tantos gestos. A los falsos beatos les pasa lo que a los bravucones; e igual que no comprendo que, en el campo del honor, los auténticos valientes sean los que más ruido armen, los buenos y verdaderos devotos, cuyos pasos debemos seguir, no son tampoco los que hacen tantos gestos. ¿O es que no distingues entre lo que es hipocresía de lo que es devoción? ¿Quieres hablar con el mismo lenguaje y honrar de igual modo a la máscara y al rostro; equiparar el artificio a la sinceridad, confundir la apariencia con la verdad, apreciar al fantasma lo mismo que se aprecia a una persona de carne y hueso; valorar la moneda falsa lo mismo que la buena? ¿Qué extraña resulta la condición de la mayoría de los hombres! Nunca acaban de dar con el justo medio. Se les antoja que la razón tiene unos límites demasiado estrechos, y los traspasan a placer. ¿Con qué frecuencia echan a perder lo más noble por exagerarlo o por tratar de llevarlo más allá de sus justos límites! Te digo todo esto de pasada, cuñado.

ORGÓN.- No hay duda de que eres un sabio a quien todos debiéramos venerar. En ti está concentrado todo el saber del universo. Tú eres el único sabio, el único instruido, un oráculo, el Catón de nuestros tiempos. A tu lado, todos los demás somos unos pobres idiotas.

CLEANTO.- No, hermano, ni soy un sabio digno de veneración, ni en mí se ha concentrado todo el saber humano. Toda mi ciencia se reduce a saber distinguir lo verdadero de lo falso. Y como no creo que haya un héroe más merecedor de admiración que el perfecto devoto, ni que exista nada tan noble y tan hermoso como el sagrado fervor de un auténtico culto, nada me resulta más despreciable que la falsa apariencia de una piedad ostentosa, que esos charlatanes, que esos devotos de plaza pública, cuyos falsos y sacrílegos atractivos engañan impunemente y se ríen a placer de lo más santo y sagrado que hay en el hombre; esas personas cuyas almas se mueven por el interés convierten la devoción en un oficio y en una mercancía, y quieren conseguir crédito y dignidad pagando con falsos parpadeos y éxtasis fingidos. Esas personas, insisto, que con un celo sin igual corren hacia la fortuna por el camino del Cielo; que, con ardores y súplicas, mendigan sin cesar; que, sin dejar la Corte, exhortan a la vida retirada; que saben compaginar su devoción con sus vicios; esas personas son coléricas, vengativas, desleales, ricas en artimañas; saben encubrir su orgulloso resentimiento con la excusa del Cielo, con lo que causan la perdición de otros; su violenta ira es muy peligrosa puesto que saben utilizar unas armas que a todos nos causan respeto; su pasión, que tanto se les alaba, pretende asesinarlos con un acero sagrado. Esos caracteres perversos abundan demasiado. Pero a los devotos de corazón se les reconoce en seguida. Nuestro siglo nos pone ante nuestros ojos a quienes pueden servirnos de ejemplo. Ahí tienes a Aristón, a Periandro, a Oronte, a Alcidas, a Polidoro y a Clitandro; nadie les ha discutido nunca ese título; no tienen

nada que ver con esos virtuosos fanfarrones; no se aprecia en ellos una ostentación inaguantable; su fervor es humano y razonable. No se pasan la vida censurando todos nuestros actos; consideran que hay mucho orgullo en tales críticas y, dejando que sean otros los que usen palabras soberbias, corrigen nuestros actos con el ejemplo de los suyos. No se dejan llevar por lo que parece malo, y su alma se inclina a juzgar bien a los demás. No gustan de camarillas ni de intrigas ocultas. Se les ve mezclarse con las gentes buenas y sencillas, y, aunque rechazan con vigor el pecado, nunca se ensañan con el pecador. No tratan de ocuparse de las cosas del Cielo con más celo que el que éste les pide. Estas son las personas que defiendo y que admiro; así hay que comportarse; éste es, en suma, el ejemplo que debemos imitar. Ese hombre del que me hablas no responde en modo alguno a tal modelo; alabas su fervor con toda tu buena fe, pero creo que te ha deslumbrado un falso brillo.

ORGÓN.- ¿Has terminado ya, mi querido cuñado?

CLEANTO.- Sí.

ORGÓN.- (*Haciendo ademán de irse*) Pues aquí me tienes a tu disposición.

CLEANTO.- Escucha, hermano, una palabra más, por favor. Dejemos a un lado los discursos. Sabes que le has dado a Valerio tu palabra de hacerle yerno tuyo.

ORGÓN.- Sí.

CLEANTO.- Y que habías fijado incluso la fecha para tan grato enlace.

ORGÓN.- Es verdad.

CLEANTO.- Entonces ¿por qué retrasas la celebración de esa boda?

ORGÓN.- No lo sé.

CLEANTO.- ¿Has cambiado de idea?

ORGÓN.- Quizás.

CLEANTO.- Pero ¿es que vas a faltar a la palabra que has dado?

ORGÓN.- No estoy diciendo eso.

CLEANTO.- No creo que exista ningún obstáculo que te impida cumplir lo prometido.

ORGÓN.- Eso depende.

CLEANTO.- ¿Tantos rodeos has de dar para decir una sola palabra? Valerio me ha rogado que venga a verte para decirte esto.

ORGÓN.- ¡Bendito sea Dios!

CLEANTO.- ¿Qué le tengo que decir?

ORGÓN.- Lo que tú quieras.

CLEANTO.- Pero antes he de saber lo que tú quieres ¿Qué es?

ORGÓN.- Cumplir la voluntad de Dios.

CLEANTO.- Hablemos en serio. Valerio tiene tu palabra. ¿La vas a cumplir o no?

ORGÓN.- Adiós. (*Se va*).

CLEANTO.- Temo que su amor va a salir perjudicado de todo esto. Tengo que contarle a Valerio lo que está pasando aquí.

SEGUNDO ACTO

ACTO SEGUNDO: ESCENA PRIMERA

Orgón y Mariana.

ORGÓN.- Mariana...

MARIANA.- Dime, padre.

ORGÓN.- Acércate, que quiero hablar contigo a solas.

MARIANA.- *(al ver que su padre se ha puesto a mirar hacia el interior de una habitación.)* ¿Qué buscas?

ORGÓN.- Estoy comprobando si hay por ahí alguien que nos pueda escuchar, pues este lugar se presta a que se nos espíe. Bueno, aquí estaremos bien. Mariana, desde que eras muy pequeña he visto en ti un espíritu dócil; siempre te he tenido un gran cariño.

MARIANA.- Y yo te agradezco ese amor de padre.

ORGÓN.- Bien dicho, hija mía; y para hacerte merecedor de él, debes esforzarte en darme gusto.

MARIANA.- En ello pongo todo mi empeño.

ORGÓN.- ¡Muy bien! ¿Qué te parece Tartufo, nuestro huésped?

MARIANA.- ¿Tartufo? ¿A mí?.

ORGÓN.- Sí, a ti. Piensa antes lo que me vas a contestar.

MARIANA.- ¡Ay! Te diré de él lo que tú quieras.

ACTO SEGUNDO: ESCENA SEGUNDA

Orgón, Mariana y Dorita, *que entra muy sigilosa y se coloca detrás de Orgón sin que éste se dé cuenta.*

ORGÓN.- Eso es hablar con sensatez. Dime entonces que en toda su persona resplandece un elevado mérito, que te ha llegado al corazón, y que te gustaría verle convertido en tu esposo por elección mía. ¿Qué te parece?

MARIANA.- ¿Eh?

ORGÓN.- ¿Qué pasa?

MARIANA.- Pero ¿qué dices?

ORGÓN.- ¿Cómo?

MARIANA.- ¿He oído bien?

ORGÓN.- ¿Cómo?

MARIANA.- ¿De quién quieres que diga que me ha llegado al corazón y que me gustaría verlo convertido en mi esposo por elección tuya?

ORGÓN.- De Tartufo.

MARIANA.- No hay nada de eso, padre; te lo juro. ¿Por qué quieres que mienta?

ORGÓN.- No, no; yo lo que quiero es que eso sea verdad, y a ti te debe bastar el que yo lo haya decidido así.

MARIANA.- ¡Pero cómo! ¿Es que pretendes que yo...?

ORGÓN.- Sí, hija mía; pretendo que mi familia y Tartufo se unan mediante tu casamiento con él. Será tu esposo. Y como tengo sobre tu voluntad... (*Reparando en Dorina*) ¿Qué estás tú haciendo aquí? ¿Que curiosidad tan grande te ha debido entrar para venir a escucharnos de este modo!

DORINA.- En realidad no sé si ha sido un rumor basado en una conjetura o ha sido una mera casualidad, pero lo cierto es que ha llegado a mis oídos la noticia de ese casamiento, y he pensado que no era más que un chisme.

ORGÓN.- ¿Por qué? ¿Tan increíble resulta?

DORINA.- Tanto que no os creo en modo alguno, señor.

ORGÓN.- Pues yo sé un medio de hacértelo creer,

DORITA.- Seguid, seguid. Nos estáis contando una historia muy divertida.

ORGÓN.- No estoy diciendo más que lo que va a suceder en breve plazo.

DORINA.- ¡Eso es un cuento!

ORGÓN.- Lo que estoy diciendo, hija mía, no es ninguna broma.

DORINA.- No vayáis a creer a vuestro padre. Está bromeando.

ORGÓN.- Te aseguro que...

DORINA.- No, por más que lo aseguréis, nadie os va a creer.

ORGÓN.- ¡Voy a terminar enfadándome!

DORINA.- ¡Muy bien, muy bien, os creemos! Pero peor para vos. ¿Cómo es posible, señor, que con ese aspecto de persona sensata que tenéis y esa barba tan poblada que adorna vuestra cara, podáis estar tan loco como para...?

ORGÓN.- ¡Óyeme! Te estás tomando unas confianzas que no me gustan nada; te lo confieso, muchacha.

DORINA.- No nos enfademos, señor, por favor. ¿Os estáis riendo de nosotras con semejante disparate? A vuestra hija no le va ese santurrón. Tiene otras ideas en la cabeza. Y, además, ¿qué beneficio sacáis vos con ese matrimonio? ¿Por qué vais a cargar con un yerno pobretón, con todo el dinero que tenéis?

ORGÓN.- ¡Cállate! Has de saber que se le debe admirar precisamente por no tener nada. No hay duda de que su pobreza es una pobreza honrada, y que ella le ha de situar por encima de toda grandeza, pues, a fin de cuentas, el haber perdido sus bienes económicos se debe a su escaso interés por las cosas de esta tierra, y a tener siempre la mirada puesta en el Cielo y en las cosas eternas. Con todo, le ayudaré a salir adelante y recuperará todas sus riquezas. Su dignidad es algo que honra con justicia a nuestro país. Ahí donde le tienes, Tartufo es un noble caballero de cuerpo entero.

DORINA.- Sí, eso es lo que dice él, y semejante vanidad, señor, no se compagina con la piedad. Quien abraza la inocencia de una vida santa no debe alabar tanto su casta y su apellido. La humildad que emana de una auténtica devoción no soporta la ostentación de un orgullo. ¿A qué viene entonces toda esa jactancia? Pero dejemos este aspecto de la cuestión, porque veo que os estáis enfadando. Hablemos de él y dejemos a un lado su nobleza. ¿No os importaría hacer dueño de una doncella como vuestra hija a un hombre así? ¿No vais a tener en cuenta las conveniencias, ni a prever los resultados de semejante unión?. Sabed que cuando se casa a una muchacha en contra de sus deseos se pone en peligro su virtud; que su voluntad de vivir honradamente depende de las cualidades del esposo que se le otorga, y que aquellos maridos cuya frente atrae la atención de los demás son muchas veces los culpables de que sus mujeres sean como dice la gente. ¡Qué difícil es ser fiel a determinados esposos cortados por un cierto patrón!. Quien otorga a una hija un marido al que ella desprecia, se hace responsable ante el Cielo de las faltas que ésta pueda cometer. Pensad, pues, en el terrible riesgo que corréis al tomar semejante decisión.

ORGÓN.- ¡Ya está bien! Estaría bueno que una doncella me diera lecciones a mí.

DORINA.- Pues más os valdría seguir mis consejos.

ORGÓN.- Dejémonos de rodeos, hija mía. Soy tu padre y sé qué es lo que tú necesitas. Había dado mi palabra a Valerio, pero después me he enterado que es aficionado al juego; además, sospecho que no es muy piadoso que digamos. He observado que no va mucho a la iglesia.

DORINA.- ¿Queréis que vaya a las mismas horas que vos para que lo veáis como hacen otros?

ORGÓN.- No te he pedido tu opinión. A fin de cuentas, Tartufo está en muy buenas relaciones con el Cielo, y esto constituye una riqueza sin igual. Tu matrimonio con él colmará con toda clase de bienes tus deseos, y todo serán ternuras y placeres. Viviréis juntos, con vuestra fiel pasión, como dos auténticos niños, como dos tortolitos. No habrá disgustos entre vosotros, y harás de él lo que quieras.

DORINA.- ¿Ella? Ella hará de él un necio, tenedlo por seguro.

ORGÓN.- ¡Pero bueno! ¿Qué palabras son esas?

DORINA.- Lo que quiero decir, señor, es que parece necio, y que el ascendiente que pueda ejercer sobre vuestra hija relegará a un plano secundario la virtud de ésta.

ORGÓN.- Deja ya de interrumpirme, y no te metas en donde no te llaman.

DORINA.- (*Interrumpiendo a Orgón siempre que éste se vuelve para hablar con su hija.*) Sólo tengo en cuenta vuestro interés.

ORGÓN.- Pues ese afán tuyo está resultando ya excesivo. ¡Cállate, por favor!.

DORINA.- Si no fuera por el cariño que os tengo...

ORGÓN.- No deseo que me quiera nadie.

DORINA.- Pues yo pienso seguir queriéndoos, señor, os guste o no.

ORGÓN.- ¡Vaya!

DORINA.- Estimo en mucho vuestro honor, y no soportaría que os convirtierais en el hazmerreír de la gente.

ORGÓN.- ¿Te vas a callar, insolente, lengua de víbora...?

DORINA.- ¡Ah! ¿Os estáis dejando llevar por la cólera, con lo devoto que sois?

ORGÓN.- Sí, me estás revolviendo la bilis con todas esas tonterías. Quiero que te calles de una vez.

DORINA.- De acuerdo. Pero el hecho de que me calle no quiere decir que no siga pensando por mi cuenta.

ORGÓN.- Piensa lo que quieras, pero con la boca cerrada. (*Volviéndose a su hija*) No hay más que hablar; ya es suficiente. Como persona prudente que soy, lo he sopesado todo con sumo cuidado.

DORINA.- Si no hablo, reviento.

ORGÓN.- Sin que pueda decirse que sea un galán, Tartufo es de esa clase de hombres que...

DORINA.- ...Tiene mucha cara dura.

ORGÓN.- Aunque a ti no te atraigan sus encantos...

DORINA.- ¡Aviada está! Si yo estuviera en su lugar, nadie me casaría a la fuerza impunemente. En cuanto acabara el festejo le demostraría que una mujer siempre puede recurrir a la venganza.

ORGÓN.- (*Volviéndose a Dorina*) ¿Es que no vas a hacer caso de lo que te he dicho?

DORINA.- ¿De qué os quejáis? No estoy hablando con vos.

ORGÓN.- Entonces, ¿con quién lo haces?

DORINA.- Hablo para mis adentros.

ORGÓN.- Muy bien. Esta insolencia tuya se merece una bofetada. *(Hace ademán de dársela, pero Dorina le planta cara. (A cada palabra que Orgón dice a su hija, se vuelve a mirar a Dorina, que permanece en silencio)* Debes aprobar mis planes, hija mía. Has de estar convencida de que el esposo que te he sabido elegir... *(A Dorina)* ¿y tú cómo es que ahora no dices nada?

DORINA.- Es que no tengo nada que decirme para mis adentros.

ORGÓN.- Anda, di una sola palabra por lo menos.

DORINA.- No se me ocurre nada.

ORGÓN.- La verdad es que estaba aguardando tu intervención.

DORINA.- ¡Ni que yo fuera tonta!

ORGÓN.- Bueno, hija mía, me has de obedecer y estar muy satisfecha de mi elección.

DORINA.- *(escapando a la posible bofetada de Orgón)* ¡No me iba a divertir yo nada con un marido así! *(Orgón trata de pegarle pero no logra alcanzarla)*

ORGÓN.- Esta doncella tuya es un mal bicho, hija mía. No podría tenerla a mi lado sin estar pecando continuamente. Ahora estoy demasiado irritado para proseguir esta conversación. Su insolencia me ha sacado de mis casillas. Voy a tomar un poco de aire, a ver si me tranquilizo.

ACTO SEGUNDO: ESCENA TERCERA

Mariana y Dorina.

DORINA.- ¿Es que habéis perdido el habla? ¿Voy a tener que representar yo vuestro papel? ¿Cómo habéis podido soportar unos planes tan insensatos sin replicar lo más mínimo?

MARIANA.- ¿Qué quieres que haga ante un padre tan autoritario?

DORINA.- Decirle que el corazón no ama en contra de su voluntad; que os casaréis de acuerdo con vuestro gusto, y no de acuerdo con el suyo; que sois vos quien se casa, y no él; y que si Tartufo le resulta tan encantador que sea él quien le tome por marido.

MARIANA.- ¡Ay, Dorina! Es tal el poder que ejerce sobre mí que te confieso que nunca me he atrevido a llevarle la contraria.

DORINA.- Pero vamos a razonar. Valerio ha dado ya un paso para mostraros sus sentimientos. Decidme, por favor, ¿le amáis o no?

MARIANA.- ¡Ay, Dorina! ¡Qué injusta eres con mi amor! ¿Es que necesitas preguntármelo? ¿No te he abierto yo cien veces mi corazón respecto a este asunto? ¿No sabes hasta qué extremo llega mi pasión por él?

DORINA.- ¿Y cómo sé yo si es el corazón el que ha hablado por vuestra boca y si amáis en serio a ese galán?

MARIANA.- Me estás ofendiendo, Dorina, al dudar así de mis verdaderos sentimientos. ¿No los he puesto suficientemente de manifiesto ante ti?

DORINA.- Entonces, ¿le amáis?

MARIANA.- Pues claro, con una pasión indecible.

DORINA.- Y por lo que parece, ¿él también os ama?

MARIANA.- Yo así lo creo.

DORINA.- ¿Y ardéis ambos en deseos de veros casados el uno con el otro?

MARIANA.- Por supuesto.

DORINA.- ¿Y si os obligaran a casaros con Tartufo?

MARIANA.- Antes me suicidaría.

DORINA.- ¡Estupendo! Ese recurso no se me había ocurrido a mí. La muerte es lo único que os puede sacar de este enredo. No hay duda de que ese es un remedio maravilloso. No soporto que me digan estas cosas.

MARIANA.- ¡Dios mío, cómo te pones, Dorina! ¿No te compadeces del dolor ajeno?

DORINA.- No me compadezco de quien dice tonterías y se ablanda cuando llega el momento, como os sucede a vos.

MARIANA.- ¿Pero qué quieres que haga si soy tímida?

DORINA.- Pues el amor exige tener un corazón muy fuerte.

MARIANA.- ¿Y no estoy yo mostrando fortaleza en mi pasión por Valerio? ¿No es a él a quien le corresponde librarme de mi padre?

DORINA.- ¡Pero bueno! ¿Es que vuestro amado tiene la culpa de que vuestro padre sea un déspota de tomo y lomo, y de que le haya entrado esa ceguera por Tartufo hasta el punto de faltar a la palabra dada?

MARIANA.- Es que me daría vergüenza demostrar externamente esta pasión que me consume, manifestando una altivez excesiva y un claro desdén. ¿Voy a dejar a un lado, por mucho que me cueste, el pudor propio de mi sexo y el respeto que debo a mi padre? ¿Quieres que revele mi ardor a todo el mundo?

DORINA.- No, no; yo no quiero nada. Veo que deseáis pertenecer al señor Tartufo, y hasta creo que obraría mal si tratara de quitaros de la cabeza semejante boda. ¿Por

qué iba yo a oponerme a vuestros deseos? Realmente, es un buen partido. ¡Nada menos que el señor Tartufo! Mirándolo bien, el señor Tartufo es un hombre que tiene la cabeza sobre los hombros. ¡Menuda felicidad convertirse en su media naranja! Todo el mundo ha empezado ya a coronarle de gloria. Es de noble estirpe, apuesto, fuerte, con las orejas rojas, el cutis lozano... Sí, vais a ser muy feliz teniéndole por esposo.

MARIANA.- ¡Dios mío!

DORINA.- ¡Qué gozo sentiréis en el alma cuando os veáis casada con tan apuesto galán!

MARIANA.- ¡Ay! ¡Calla ya, por favor, no digas eso! Ayúdame a impedir esa boda. Se acabó; me rindo. Estoy dispuesta a hacer lo que sea preciso.

DORINA.- ¡Ah, no! Una hija ha de obedecer a su padre en todo, hasta cuando éste trata de darle un mono por esposo. Vuestra suerte es envidiable. ¿De qué os lamentáis? Iréis en una tartana al pueblo de Tartufo, que estará repleto de tíos y de primos, cuyo trato os resultará de lo más agradable. Lo primero que harán será llevaros de casa en casa, por todas las mansiones de la alta sociedad. Iréis a que os den la bienvenida la señora del juez, la del recaudador de impuestos, quienes desde su rústico trono os harán todos los honores. Cuando llegue el Carnaval, contad con un baile y una orquesta real, compuesta por dos dulzainas. Veréis bailar al mono de algún titiritero; habrá marionetas... Bueno, todo esto siempre que vuestro esposo...

MARIANA.- ¡Ay, me estás matando! Más valdría que me ayudaras con tus consejos.

DORINA.- Estoy a vuestro servicio..

MARIANA.- ¡Ay, Dorina, por favor!

DORINA.- Así tendrían que ocurrir las cosas para ver si escarmentabais.

MARIANA.- ¡Pobre de mí!

DORINA.- ¡Nada de pobre!.

MARIANA.- Si yo exteriorizase claramente mis sentimientos...

DORINA.- ¡Ni hablar!. Tartufo es vuestro hombre, ya lo veréis.

MARIANA.- Tu sabes que siempre he confiado en ti. Ayúdame.

DORINA.- No, no, vais a tener Tartufo hasta hartaros; os lo aseguro.

MARIANA.- Muy bien, ya que no te conmueve mi pena, déjame que me entregue de lleno a mi desesperación, pues a ella pedirá ayuda mi corazón. Yo conozco el remedio para curar todos mis males. (*Hace ademán de irse*)

DORINA.- ¡Eh, quieta! Venid aquí, que ya se me ha pasado el enfado. A fin de cuentas me dais lástima.

MARIANA.- Mira lo que te digo, si me exponen a este cruel martirio, te lo aseguro, Dorina, me suicidare.

DORINA.- No sigáis atormentandoos. Con habilidad se puede impedir que... Pero aquí llega vuestro amado Valerio.

ACTO SEGUNDO: ESCENA CUARTA

Valerio, Mariana y Dorina.

VALERIO.- Señora, me acaba de llegar una noticia, que desconocía, y que indudablemente es falsa.

MARIANA.- ¿Qué noticia? .

VALERIO.- La de que vais a casaros con Tartufo.

MARIANA.- Es cierto que mi padre tiene esos planes en la cabeza.

VALERIO.- Vuestro padre, señora...

MARIANA.- Ha cambiado de opinión; esto es lo que me acaba de proponer.

VALERIO.- ¿De verdad?

MARIANA.- Sí, de verdad. Se inclina claramente por esa boda.

VALERIO.- ¿Y cual es el deseo de vuestra alma, señora?

MARIANA.- No lo sé.

VALERIO.- Es una respuesta sincera. ¿No lo sabéis?

MARIANA.- No.

VALERIO.- ¿No?

MARIANA.- ¿Qué me aconsejáis?

VALERIO.- Que os caséis con ese hombre.

MARIANA.- ¿Eso es lo que me aconsejáis?

VALERIO.- Sí.

MARIANA.- ¿De verdad?

VALERIO.- De verdad. La elección es muy acertada y merece que se la ponga en práctica.

MARIANA.- Muy bien, pues seguiré vuestro consejo, señor mío.

VALERIO.- No creo que os cueste mucho hacerlo.

MARIANA.- No más de lo que os ha costado a vos darme el consejo.

VALERIO.- Yo os lo he dado por complaceros.

MARIANA.- Y yo lo seguiré por contentaros.

DORINA.- *(Se aleja hacia el fondo del escenario.)* Veremos en qué acaba todo esto.

VALERIO.- ¿Es así cómo vos amáis? Estabais mintiendo cuando...

MARIANA.- No hablemos de eso, por favor. Me habéis declarado abiertamente que he de aceptar al que pretende darme por esposo, y yo afirmo que así lo haré, puesto que vos me dais tan sabio consejo.

VALERIO.- No os disculpéis apelando a mis intenciones. Habéis tomado ya una decisión, y os servís de un pretexto sin importancia para tener una excusa y no cumplir con vuestra palabra.

MARIANA.- Así es; decís bien.

VALERIO.- No tengo la menor duda; y vuestro corazón no ha sentido nunca por mí el más mínimo asomo de pasión.

MARIANA.- ¡Ay! Estáis en vuestro derecho de pensar así.

VALERIO.- Claro, claro, estoy en mi derecho; pero no será mi alma ofendida lo que os prevenga contra semejante idea. Yo sé muy bien adónde dirigir mis ansias y mi mano.

MARIANA.- Eso no lo dudo. Vuestros méritos pueden despertar una pasión...

VALERIO.- No hablemos ahora de mis méritos. Está claro que tengo muy pocos, y vos estáis dando fe de ello. pero confío en que otra mujer será lo suficientemente bondadosa como para apiadarse de mí. Sé de alguien cuya alma cederá a mis suplicas y que no tendrá reparos en remediar mi pérdida.

MARIANA.- La pérdida no es muy grande, y os consolaréis fácilmente de este cambio.

VALERIO.- Estad segura de que haré todo lo que pueda. Un corazón que nos olvida pone en un compromiso nuestro honor. Hay que hacer todo lo que se pueda para olvidarlo; y si ello no se consigue por entero, al menos es preciso aparentarlo. La gente nunca perdona la cobardía de que sigamos amando a quien nos ha abandonado.

MARIANA.- Nadie duda de que ese sentimiento es noble y elevado.

VALERIO.- Muy bien, y todo el mundo lo tendría que aprobar. Pues ¿qué? ¿Pretendíais que guardara para siempre mi alma la pasión que siento por vos, y que contemplara impávido cómo caíais en otros brazos, sin poner yo en otra parte este corazón que rechazáis?

MARIANA.- No, al contrario. Eso es precisamente lo que deseo, y me gustaría que hubiera ocurrido ya.

VALERIO.- ¿De veras lo querríais así?

MARIANA.- Sí.

VALERIO.- Señora, basta ya de insultos; voy a complaceos al punto. *(Hace ademán de irse, aunque sin mucho convencimiento.)*

MARIANA.- Muy bien.

VALERIO.- Tened al menos en cuenta que sois vos quien obliga a mi corazón a hacer este esfuerzo supremo.

MARIANA.- Sí.

VALERIO.- Y que el deseo que mi alma ha forjado no hace más que seguir vuestro ejemplo.

MARIANA.- Sí, mi ejemplo.

VALERIO.- Basta; os voy a servir como gustáis.

MARIANA.- Será lo mejor.

VALERIO.- Es la última vez que me veis.

MARIANA.- En buena hora.

VALERIO.- ¿Eh?

MARIANA.- ¿Cómo?

VALERIO.- ¿Me habéis llamado?

MARIANA.- ¿Yo? Lo habéis soñado.

VALERIO.- Entonces, sigo mi camino. Adiós, señora. *(Se aleja despacio.)*

MARIANA.- Adiós, señor.

DORINA.- *(A Mariana)* Estoy empezando a creer que habéis perdido la cabeza con estas extravagancias, y os he dejado que riñeráis a gusto para ver cómo acababa todo esto. ¡Eh, señor Valerio! *(Lo coge de un brazo.)*

VALERIO.- *(Fingiéndose resistirse)* ¡Eh! Pero ¿qué quieres, Dorina?

DORINA.- Que vengáis aquí.

VALERIO.- No, no; estoy lleno de despecho. No me impidas poner en práctica lo que ella ha deseado.

DORINA.- Deteneos.

VALERIO.- No. Este asunto está ya zanjado.

DORINA.- ¡Ea, vamos!

MARIANA.- (*Aparte*) No soporta mirarme; mi presencia le hace huir. Será mejor que me marche de aquí.

DORINA.- (*Dejando a Valerio y corriendo hacia Mariana*) ¡Ahora la otra! ¿Adónde vais?.

MARIANA.- Déjame.

DORINA.- Tenéis que volver.

MARIANA.- No, no, Dorina. No trates de retenerme.

VALERIO.- (*Aparte*) Comprendo que mi presencia constituye un martirio para ella. Más vale que no le haga sufrir.

DORINA.- (*Dejando a Mariana y corriendo hacia Valerio*) ¿También vos? ¡Que el diablo os lleve si no consigo impedirlos marchar! ¡Acabad esta comedia y venid aquí los dos! (*Coge a ambos de la mano y avanza con ellos hacia el proscenio*)

VALERIO.- ¿Qué pretendes?

MARIANA.- ¿Qué intentas hacer?

DORINA.- Reconciliaros al uno con el otro y sacaros a ambos de esta situación embarazosa. (*A Valerio*) ¿Cómo estáis tan loco para discutir así?

VALERIO.- ¿Es que no has oído tú lo que me ha dicho?

DORINA.- (*A Mariana*) ¿Y vos cómo estáis tan loca para enfadaros?

MARIANA.- ¿Es que nos has visto lo que ha pasado y la forma que ha tenido de tratarme?

DORINA.- (*A Valerio*) Sois ambos unos necios. ¡Pero si ella no pretende otra cosa que llegar a ser vuestra! ¡Os lo digo yo! (*A Mariana*) ¡Si sólo os quiere a vos y no desea otra cosa que convertirse en vuestro esposo! ¡Respondo de ello con mi vida!

MARIANA.- (*A Valerio*) Entonces, ¿por qué me habéis dado ese consejo?

VALERIO.- (*A Mariana*) ¿Y por qué me habéis pedido vos mi opinión sobre este asunto?

DORINA.- ¡Estáis los dos locos! ¡Dadme la mano los dos! (*A Valerio*.) ¡Vamos, dadme la vuestra!

VALERIO.- (*Dándole la mano*) ¿Mi mano? ¿Para qué?.

DORINA.- *(A Mariana)* ¡Y ahora la vuestra!

MARIANA.- *(Dádosela también)* ¿A qué viene esto?

DORINA.- ¡Dios bendito! ¡Venga, acercaos el uno al otro! ¡Pero si os amáis los dos más de lo que creéis! *(Valerio y Mariana permanecen un momento cogidos de la mano sin mirarse)*

VALERIO.- *(Mirando al fin a Mariana)* No quiero que hagáis esto a disgusto y que me miréis con tanta aversión. *(Mariana mira a Valerio y le sonríe ligeramente).*

DORINA.- ¡No hay duda ninguna de que quienes se aman están locos de remate!

VALERIO.- *(A Mariana)* ¿Es que no tengo motivo para estar quejoso de vos? Con sinceridad, ¿no ha sido una maldad el que os hayáis estado divirtiendo mientras me decíais unas cosas tan desagradables?

MARIANA.- *(A Valerio)* ¿Y vos? ¿Es que no sois un ingrato?

DORINA.- Dejemos esta discusión para otro momento y pensemos ahora la forma de impedir ese odioso casamiento con Tartufo.

MARIANA.- *(A Dorina)* Dinos entonces qué recursos tenemos que emplear.

DORINA.- Habrá que echar mano de todo tipo de recursos. *(A Mariana.)* Vuestro padre os cree necia. *(A Valerio)* Esa idea suya es un puro disparate. *(A Mariana)* Pero, por vuestra parte, es preferible responder a su extravagante pretensión fingiendo un tierno consentimiento, a fin de que, en caso de extremo peligro, podáis dar largas a esa boda sin despertar recelos. Dejando pasar el tiempo se soluciona todo. Primero, os pondréis repentinamente enferma y habrá que aplazar la boda; luego, tendréis malos presagios: un desagradable encuentro con un cadáver, un espejo que se os rompe, un sueño con aguas cenagosas que sufriréis... Lo importante, en último término, es que no os pueden casar con nadie si vos no dais el sí. Pero, para que todo salga a pedir de boca, creo que no es oportuno que os vean hablando juntos. *(A Valerio)* Marchaos, y recurrid en seguida a vuestros amigos para que os ayuden a conseguir lo que el padre de vuestra amada os tenía prometido. Nosotras vamos a pedirle ayuda a su hermano y a poner a su madrastra de nuestra parte. Adiós.

VALERIO.- *(A Mariana)* Por mucha ayuda que podamos encontrar todos, sabed que mi máxima esperanza radica en vos.

MARIANA.- No puedo responder de los deseos de mi padre. Pero no seré de nadie más que de vos.

VALERIO.- *(A Mariana)* Esas palabras me llenan de alegría. Si se atreven a...

DORINA.- ¡Ay! ¡Los amantes no se cansan nunca de hablar! ¡Salid, os digo!

VALERIO.- *(Va a salir, pero vuelve otra vez)* Además...

DORINA.- (Basta de charla! *(Empuja a ambos por la espalda obligándolos a separarse)* ¡Idos vos por ese lado, y vos por este otro!

TERCER ACTO

ACTO TERCERO: ESCENA PRIMERA

Damis y Dorina.

DAMIS.- ¡Que un rayo me parta y que se me tenga en todas partes por el mayor de los rufianes si hay poder o autoridad que me detenga y me impida cometer un disparate!

DORINA.- Moderad, por favor, vuestro arrebató. Vuestro padre no ha hecho otra cosa más que hablar. No siempre realizamos lo que nos proponemos. Del dicho al hecho hay mucho trecho.

DAMIS.- Yo he de deshacer los planes de ese farsante... Le he de decir dos cosas a la cara.

DORINA.- Tranquilizaos. Respecto a él y a vuestro padre, dejad que sea vuestra madrastra quien actúe. Tiene cierto ascendiente sobre Tartufo, que acepta gustoso cuanto ella dice. Ese constituye quizás su punto flaco. ¡Ojalá sea así! Sería digno de ver. El interés que tiene por vos le ha impulsado a hacerle venir para tratar de sondearle sobre ese matrimonio que os preocupa, para saber cuáles son sus sentimientos, y para hacerle comprender las enojosas consecuencias que se seguirían si él abriga la esperanza de llevar a cabo su propósito. Dice su criado que está rezando y que no le ha podido ver; pero luego ha añadido que va a bajar muy pronto. Marchaos, pues, por favor, y dejadme que sea yo quien le espere.

DAMIS.- Yo puedo presenciar esa conversación.

DORINA.- De ningún modo. Es preciso que estén solos.

DAMIS.- Si yo no intervendré...

DORINA.- ¿Habláis en broma? Conozco vuestros característicos arrebatos, y lo echaríais todo a perder. Salir.

DAMIS.- ¡Ni hablar! Lo presenciaré todo sin enfadarme.

DORINA.- ¡Qué terco sois! Ya viene. Marchaos en seguida. *(Damis va a ocultarse a una habitación situada al fondo de la escena)*

ACTO TERCERO: ESCENA SEGUNDA

Tartufo y Dorina

TARTUFO.- *(Al ver que le está escuchando Dorina, se dirige a Lorenzo que se encuentra fuera de la escena)* Lorenzo, guarda mi cilicio junto con las disciplinas, y ruega al Cielo que nos ilumine siempre. Si preguntan por mí, di que he ido a repartir limosnas entre los pobres presos.

DORINA.- ¡Cuánta hipocresía y cuánta ostentación!

TARTUFO.- (*A Dorina*) ¿Qué deseas?

DORINA.- Deciros que...

TARTUFO.- (*Saca un pañuelo de su bolsillo*) Pero ¡Dios mío!, antes de decir nada, coge, por favor, este pañuelo.

DORINA.- ¿Para qué?

TARTUFO.- Para taparte esos pechos, que no quiero mirar. Esas cosas ofenden a las almas puras; les traen malos pensamientos.

DORINA.- ¡Qué expuesto estáis a las tentaciones! Se ve que la carne os impresiona mucho. No sé a qué se deben esos ardores; a mí no se me despiertan tan pronto los deseos. Aunque os viera en cueros vivos, no me sentiría tentada en absoluto.

TARTUFO.- Si no hablas de una forma más recatada, te dejo con la palabra en la boca.

DORINA.- No, no. Soy yo quien os va a dejar en paz. Sólo quiero deciros una cosa. Mi señora va a venir a esta sala y quiere conversar un momento con vos.

TARTUFO.- Ah, ¿sí? ¡Encantadísimo!

DORINA.- (*Aparte*) ¡Qué suave se pone! Cada vez estoy más convencida de lo que antes dije.

TARTUFO.- ¿Y vendrá pronto?

DORINA.- Me parece que ya viene. Sí, ahí está. Os dejo a los dos solos.

ACTO TERCERO: ESCENA TERCERA

Edelmira y Tartufo.

TARTUFO.- Que el Cielo, con su gran bondad, os conceda la salud del alma y del cuerpo, y bendiga vuestros días tanto como lo desea el más humilde de aquellos que están inspirados por el amor divino.

EDELMIRA.- Os agradezco mucho ese deseo tan piadoso. Pero sentémonos, que estaremos más cómodos.

TARTUFO.- ¿Cómo os encontráis de vuestra enfermedad?

EDELMIRA.- Me encuentro ya muy bien. Ya me ha desaparecido la fiebre.

TARTUFO.- Mis oraciones no tienen el mérito suficiente para haber obtenido esa gracia. Sin embargo, no he pedido al Cielo otra cosa sino que os curaseis.

EDELMIRA.- Vuestro fervor se ha preocupado demasiado por mí.

TARTUFO.- Respecto a esa salud a la que tanto amo, todo deseo se queda corto. Hubiera dado la mía propia para que vos la recuperarais.

EDELMIRA.- Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana. Os quedo muy agradecida.

TARTUFO.- Es mucho menos de lo que os merecéis.

EDELMIRA.- Quiero hablar con vos a solas de cierto asunto, y creo que aquí podré hacerlo tranquilamente, sin que nadie nos oiga.

TARTUFO.- Es para mí una satisfacción, señora. Me es muy grato estar a solas con vos. Es algo que he pedido muchas veces al Cielo, y hasta este momento no me había sido concedido.

EDELMIRA.- Deseo que en esta breve conversación me abráis vuestro corazón, y que no me ocultéis nada.

TARTUFO.- Y yo deseo responder al gran favor que me hacéis abriendoos mi alma entera. Os juro que las críticas que he hecho a las visitas que aquí acuden atraídas por vuestros encantos no estaban movidas, en modo alguno, por el rencor, sino más bien por un arrebató de piedad y por un puro impulso a...

EDELMIRA.- Así lo creo yo también. Ya sé que es mi salvación eterna lo que tanto os preocupa.

TARTUFO.- *(Estrechándole a Edelmira la punta de los dedos)* Sin duda, señora, sin duda; y mi fervor es tan grande que...

EDELMIRA.- ¡Ay! ¡No me apretéis así!

TARTUFO.- Es mi exceso de celo. Nunca tuve intención de lastimaros. Antes preferiría... *(Le pone una mano en la rodilla.)*

EDELMIRA.- ¿Qué hace ahí vuestra mano?

TARTUFO.- Toco vuestro vestido. Es una tela muy suave.

EDELMIRA.- Pues dejadme, por favor; que tengo muchas cosquillas. *(Aparta su silla, pero Tartufo acerca a su vez la suya)*

TARTUFO.- ¡Ay, Jesús! ¡Qué labor más primorosa! Hoy en día se hacen verdaderas maravillas. Nunca había vista nada igual.

EDELMIRA.- Eso es cierto. Pero vayamos a nuestro asunto. Se dice que mi esposo quiere faltar a la palabra que ha dado y concederos la mano de su hija. ¿Es verdad eso?, decidme.

TARTUFO.- Algo de eso me ha dicho. Pero, si queréis que os diga la verdad, no es ésa la felicidad por la que yo suspiro. Es en otra parte donde percibo los maravillosos encantos de la dicha en la que cifro todas mis ansias.

EDELMIRA.- Ya sé que vos no amáis las cosas de esta tierra.

TARTUFO.- Sí, pero mi pecho encierra un corazón de piedra.

EDELMIRA.- Creo que todas vuestras ansias se encaminan al Cielo, y que no hay nada en este mundo que merezca vuestra atención.

TARTUFO.- El amor que nos ata a las bellezas eternas no apaga en nuestro pecho el amor a las bellezas terrenales. Es muy fácil que nuestros sentidos se queden prendados de las obras perfectas que el Cielo ha creado. Los atractivos celestiales se reflejan y brillan esplendorosamente en quienes son como vos; pero en vos el Cielo ha puesto sus más singulares maravillas; ha difundido por vuestro rostro una belleza que asombra a los ojos y que conmueve a los corazones. No he logrado veros, adorable criatura, sin admirar en vos al Creador de la naturaleza, y sin notar que mi corazón era alcanzado por un ardiente amor hacia el más bello retrato que ha hecho de sí mismo. Al principio temí que este fuego secreto fuera una astuta trampa que me tendía el espíritu maligno, e incluso mi corazón tomó la resolución de escapar de vuestros ojos, pensando que constituíais un obstáculo para mi salvación. Pero al fin me di cuenta, adorable hermosura, de que esa pasión podía no tener nada de reprobable, que no era una afrenta al pudor, y ello me ha inducido a darle alas a mi corazón. Reconozco que soy muy audaz al atreverme a ofreceros mi corazón, pero tengo toda mi esperanza puesta en vuestra bondad, y no espero nada de los esfuerzos inútiles de mi insignificancia. En vos radican mi esperanza, mi bien y mi tranquilidad; de vos depende mi dolor o mi gozo; de vos depende, a fin de cuentas, el que yo sea feliz, si ese es vuestro deseo, o desdichado, si así lo preferís.

EDELMIRA.- Vuestra declaración es muy galante; pero, a decir verdad, me dejáis muy sorprendida. Pienso que deberíais fortalecer aún más vuestro pecho y considerar un poco esa decisión. ¡Una persona tan devota como vos, tan conocida en todas partes...!

TARTUFO.- ¡Ah! Ser devoto no supone dejar de ser hombre; y cuando uno se encuentra ante vuestros celestiales encantos, el corazón queda prendado de ellos y no razona. Ya sé que estas palabras os han de parecer impropias de mí, pero considerad, señora, que, después de todo, yo no soy ningún ángel; si juzgáis reprobable la confesión que os hago, culpado de ello a vuestros encantadores atractivos. En cuanto vi brillar su esplendor superior a lo humano os convertisteis en la dueña de mi alma. La indecible dulzura de vuestras divinas miradas venció la resistencia en que mi corazón se obstinaba; lo arrasó todo: ayunos, oraciones, lágrimas..., e hizo que todas mis ansias se orientaran hacia vuestros encantos. Mis ojos y mis suspiros os lo han dicho mil veces, y si ahora os lo digo de palabra es para explicaroslo mejor. Si consideraréis con ánimo un tanto benigno las tribulaciones de este humilde siervo vuestro; si vuestras bondades aceptan consolarme y se dignan descender hasta la nada que soy, siempre sentiría por vos, oh suave maravilla, una devoción incomparable. Vuestro honor no corre conmigo riesgo alguno; no tiene que temer no ser correspondido. Todos esos galanes de la corte cuyas mujeres están enloquecidas son ruidosos en sus hechos y vanos en sus palabras; constantemente se les ve jactarse de sus triunfos; siempre divulgan los favores logrados, y su lengua indiscreta deshonra a quien se fía de ella, llegando a ser el altar donde sacrifican su corazón las que en ella confían. Pero las personas como yo ardemos con un fuego discreto; con nosotras el secreto queda asegurado. El interés que tenemos por vuestro buen nombre constituye la mejor garantía para aquélla que nos ama. Podemos asegurar a quien acepta nuestro corazón un amor sin escándalos y un placer sin ningún sobresalto.

EDELMIRA.- Entiendo muy bien lo que queréis decir. Vuestra retórica llega viva a mi alma. Pero ¿no teméis que sienta yo el deseo de contarle a mi esposo ese fuego galante, y que la repentina noticia de un amor como ése afecte profundamente a la amistad que él os tiene?

TARTUFO.- Sé hasta dónde llega vuestra benevolencia, y que perdonaréis mi osadía; que disculparéis la flaqueza humana de estos vivos ardores de un amor que os ofende; y que, al veros tan hermosa, consideraréis que no estoy ciego y que yo soy de carne.

EDELMIRA.- Puede que otras mujeres tomaran esto de un modo muy distinto; pero yo prefiero ser discreta. No hablaré con mi marido de ello; pero, a cambio, deseo una cosa de vos, y es que, con toda sinceridad y sin ninguna treta, aceleréis la boda de Valerio con Mariana; que renunciéis voluntariamente a la injusta autoridad que intenta alimentar vuestra esperanza, arrebatándosela a otro, y que...

ACTO TERCERO: ESCENA CUARTA

Edelmira, Damis y Tartufo.

DAMIS.- *(Saliendo del cuarto desde donde estaba espiando)* No, señora, no. Esto se ha de saber. Yo estaba en ese cuarto y lo he escuchado todo. Parece que ha sido la bondad del Cielo la que me ha conducido ahí para darme la oportunidad de confundir el orgullo de un traidor que trata de ofenderme, para poner en mis manos un medio de vengarme de su hipocresía y de sacar a mi padre del error en que se encuentra, mostrándole a plena luz el alma de un rufián que os ha hablado de amor.

EDELMIRA.- No, Damis. Basta con que intente enmendarse y merecer el perdón que yo le he prometido. No me desmientas, pues ya le he dado mi palabra. No es propio de mí armar escándalos; una esposa se ha de reír de estas tonterías y no perturbar con ellas los oídos de su marido.

DAMIS.- Tenéis vuestros motivos para actuar así, más yo tengo los míos para obrar de otro modo. Es ridículo tratar de perdonarle. El orgullo insolente de su beatería ya ha vencido demasiadas veces mi justa ira y ha provocado excesivos problemas en nuestra casa. Ese sinvergüenza ha estado demasiado tiempo manejando a mi padre y oponiéndose a mi amor y al de Valerio. Es necesario que mi padre se desengañe de ese miserable, y el Cielo me ha ofrecido un medio fácil para ello. Le debo esta oportunidad, y es demasiado favorable para no aprovecharla. Merecería que me la quitara si, teniéndola como la tengo en las manos, no hiciese uso de ella.

EDELMIRA.- Pero, Damis, ..

DAMIS.- No. Dejadme obrar a mí; os lo suplico. Mi alma se halla ahora colmada de alegría, y no me podéis obligar a que renuncie al placer de la venganza. Voy a resolver este asunto sin la menor demora. Precisamente ahí viene quien puede darme cumplida satisfacción.

ACTO TERCERO: ESCENA QUINTA

Orgón, Damis, Tartufo y Edelmira.

DAMIS.- Llegas en un buen momento, padre; y voy a alegrarte los oídos con un reciente suceso que te sorprenderá mucho. El señor Tartufo corresponde muy bien a todas tus atenciones, y te paga con creces la ternura que le dispensas. Acaba de dar muestras del gran celo que te profesa, y que llega al punto de deshonramos a todos. Le he sorprendido aquí mismo confesando a tu esposa una pasión condenable. Ella, que tiene un carácter apacible y un corazón sumamente discreto, quería guardar el secreto por encima de todo; pero yo no puedo sumarme a semejante desvergüenza, y creo que te ofendería si te lo ocultara.

EDELMIRA.- Sí, creo que no se debe perturbar la tranquilidad de un esposo con pláticas sin fundamento; que su honor no puede depender de eso; y que basta con saber defenderse de ellas. Esto es lo que pienso, y tú no hubieras dicho nada, Damis, si yo tuviera algún ascendiente sobre ti.

ACTO TERCERO: ESCENA SEXTA

Orgón, Damis y Tartufo.

ORGÓN.- Pero ¡Dios mío!, ¿es posible lo que acabo de oír?

TARTUFO.- Sí, hermano; soy malo y culpable; soy un pobre pecador lleno de iniquidad, el mayor infame que haya existido nunca. Cada momento de mi vida está cargado de manchas, y no es más que un montón de basura. Veo que el Cielo quiere castigarme, y que me ofrece la oportunidad de sufrir un castigo. No voy a caer en el orgullo de defenderme de cualquier delito que se me pueda reprochar. Creed lo que se os dice, mostrad al punto vuestra cólera, y echadme de aquí como a un criminal. Por mucha que sea la vergüenza que me toque en suerte, nunca será toda la que yo he merecido.

ORGÓN.- *(A su hijo)* ¡Embustero! ¿Cómo te atreves a poner en duda la pureza de su virtud?

DAMIS.- ¡Pero cómo! ¿Es que la falsa dulzura del alma hipócrita de ese individuo va a hacer que me tengáis por mentiroso, y que...?

ORGÓN.- ¡Si dices una palabra más, te rompo la crisma!.

TARTUFO.- Por Dios os lo pido, hermano; no os encolericéis. Antes de que él sufra por mi culpa el menor rasguño, prefiero que se me aplique a mí el más duro de los castigos.

ORGÓN.- *(A Damis)* ¡Desagradecido!

TARTUFO.- *(A Orgón)* Dejadle en paz. Perdonadle; os lo pido de rodillas si hace falta.

ORGÓN.- *(Abrazando a Tartufo)* ¿Os estáis burlando? *(A Damis)* ¿Te das cuenta, malvado, de hasta dónde llega su bondad?

DAMIS.- De modo que...

ORGÓN.- ¡Silencio!

DAMIS.- ¿Qué dices? Yo...

ORGÓN.- ¡A callar he dicho! Sé muy bien el motivo que te impulsa a atacarle. Ahora comprendo que todos le odiáis, mi esposa, mis hijos, mis criados... Todos os habéis confabulado contra él. Estáis haciendo uso con todo descaro de cualquier cosa para echar de mi casa a este hombre tan devoto. Pero cuanto más os esforcéis todos en echarle de aquí, más haré yo por retenerle. Voy a entregarle a mi hija inmediatamente, para confundir el orgullo de toda mi familia.

DAMIS.- ¿Piensas obligarla a la fuerza a aceptar su mano?

ORGÓN.- Sí, mentiroso; y esta misma noche, para ir en contra de vosotros. Os desafío a todos; os haré ver que tenéis que obedecerme y que yo soy aquí el que manda. ¡Vamos, retráctate y ponte de rodillas a sus pies inmediatamente para perderle perdón!

DAMIS.- ¿Quién? ¿Yo? ¿A los pies de ese bribón, que con sus ofensas ha...?

ORGÓN.- ¡Ah!. ¿Te resistes, miserable, y encima le insultas? *(A Tartufo)* ¡Un bastón! ¡Traedme un bastón! ¡No me lo impidáis! *(A Damis)* ¡Fuera! ¡Sal inmediatamente de esta casa! Y no te atrevas a volver a ella.

DAMIS.- Muy bien; me iré; pero...

ORGÓN.- ¡Abandona esta casa inmediatamente! Te desheredo, bandido; y además te maldigo.

ACTO TERCERO: ESCENA SÉPTIMA

Orgón y Tartufo.

ORGÓN.- ¡Ofender así a una persona tan santa!

TARTUFO.- ¡Perdónale, Señor, todo el dolor que me causa! *(A Orgón)* ¡Si supierais la pena que me da el ver cómo tratan de calumniarme ante vos, hermano!.

ORGÓN.- ¡Ay!

TARTUFO.- La sola idea de esta ingratitud infringe a mi alma el más terrible de los suplicios. El horror que me provoca... Tengo tal opresión en el pecho, que no puedo ni hablar. Esto acaba conmigo...

ORGÓN.- *(Corriendo entre lágrimas hacia la puerta por donde ha salido su hijo)* ¡Bribón! Siento haber contenido mi mano y no haberte dejado en el sitio! *(A Tartufo)* Tranquilizaos, y no os disgustéis.

TARTUFO.- Sí, acabemos, acabemos esta enojosa discusión. Veo los grandes problemas que estoy planteando en esta casa, y creo, hermano, que es preciso que me marche de ella.

ORGÓN.- ¿Cómo? ¿Os burláis?

TARTUFO.- Aquí me odian, y veo que tratan de haceros sospechar de mí.

ORGÓN.- ¿Y qué más da? ¿Acaso les escucha mi corazón?

TARTUFO.- Nada les hará desistir de su empeño. Estas historias que ahora rechazáis tal vez acabéis creyéndolas algún día.

ORGÓN.- No, hermano mío; eso nunca.

TARTUFO.- ¡Ay, hermano! A una esposa le resulta fácil influir en el ánimo de su marido.

ORGÓN.- No, no.

TARTUFO.- Dejad que me vaya de aquí, para no darles la ocasión de que sigan atacándome.

ORGÓN.- ¡Ni hablar! Seguiréis aquí. Va mi vida en ello.

TARTUFO.- Muy bien; en tal caso tendré que sufrir la mortificación. No obstante, si queréis que me quede...

ORGÓN.- ¡Ah!

TARTUFO.- De acuerdo, no se hable más. Sé cómo comportarme en este caso. El honor es algo delicado, y la amistad me obliga a prever los escándalos y los motivos de sospecha. No pondré nunca la vista encima de vuestra esposa, y no me veréis...

ORGÓN.- No; la veréis a menudo por mucho que les pese a todos. Mi mayor placer es hacer rabiar a la gente, y quiero que os vean con ella a todas horas. Y no basta con eso. Para mayor escarnio de todos, voy a haceros inmediatamente donación de todos mis bienes. Un amigo noble y leal al que voy a tener de yerno significa mucho más para mí que mi hijo, mi esposa y mis padres.)¿Aceptáis mi propuesta?

TARTUFO.- ¡Cúmplase siempre la voluntad de Dios!

ORGÓN.- ¡Pobre amigo mío! Vamos en seguida a redactar la escritura, y ¡que revienten de despecho todos esos envidiosos!

CUARTO ACTO

ACTO CUARTO: ESCENA PRIMERA

Cleanto y Tartufo.

CLEANTO.- Sí, todo el mundo habla de ello; y creedme si os digo que el escándalo que levanta ese rumor no os beneficia en absoluto. Ha sido muy oportuno que os encuentre porque quiero deciros claramente y con pocas palabras lo que pienso. No entraré en el fondo de todo eso que dicen; lo paso por alto y me pongo en lo peor. Supongamos que Damis no haya obrado como es debido y que se os haya acusado injustamente. Pero ¿no es propio de cristianos perdonar las ofensas y alejar del corazón todo deseo de venganza? ¿Vais a consentir que echen a un hijo de la casa de su padre por causa vuestra? Os confieso que pequeños y mayores están escandalizados por esto; y, si queréis hacerme caso, poned las cosas en su sitio y no llevad este asunto hasta ese extremo. Sacrificad a Dios vuestra cólera y reconciliad al hijo con el padre.

TARTUFO.- ¡Ay! ¡Qué más quisiera yo con todo mi corazón! No le guardo, señor, rencor alguno; todo se lo perdono, no le censuro nada, y quisiera servirle con toda mi alma. Pero el interés del Cielo no lo puede consentir, y si él aparece por aquí, seré yo quien se vaya. Después de esa acción incalificable que ha cometido, resultaría escandalosa mi relación con él. ¡Sabe Dios lo que diría la gente! Pensarían que es pura política por mi parte y se diría que me siento culpable y que finjo al mostrar un celo compasivo; que interiormente le temo y que quiero perdonarle para reducirle, bajo cuerda, al silencio.

CLEANTO.- Todo eso son disculpas engañosas y razonamientos muy rebuscados. ¿Por qué os erigís en defensor de los intereses del Cielo? ¿Es que él necesita de nosotros para castigar al culpable? Dejadle que él solo se ocupe de sus venganzas; y dedicaos vos a perdonar las ofensas, como Dios manda; no tengáis en cuenta los juicios de los hombres a la hora de cumplir los soberanos mandatos del Cielo. ¿Es que lo que piense la gente va a empañar la gloria de una buena acción? No, no; hagamos siempre lo que Dios nos enseña y no nos preocupemos de nada más.

TARTUFO.- Ya os he dicho que le perdono de corazón, que es lo que el Cielo nos manda; pero, después del escándalo y de la afrenta de hoy, el Cielo ha dispuesto que yo no viva a su lado.

CLEANTO.- ¿Y os ordena, señor, que sigáis el mero capricho de un padre y que aceptéis el ofrecimiento de una fortuna que corresponde a Damis, y a la que vos no tenéis ningún derecho?

TARTUFO.- Quienes me conocen no pensarán que mi acción es interesada. Me atraen bien poco los bienes de este mundo, y no me dejo deslumbrar por su engañoso brillo. Si he decidido aceptar esta donación del padre, es porque, a decir verdad, temo que todos esos bienes vayan a parar a malas manos, que caigan sobre personas que, al recibir la herencia hagan un uso mundano condenable, en lugar de servirse de ella, como yo tengo pensado hacer, para mayor gloria de Dios y por el bien del prójimo.

CLEANTO.- Vamos, señor mío; dejad de lado esos sutiles temores, que pueden levantar las quejas de un legítimo heredero. Soportad, sin ninguna preocupación,

que, bajo su responsabilidad, Damis se convierta en el propietario de su fortuna. Considerad que es preferible incluso que abuse de ella, a que se os acuse de habérsela robado. Me asombra que hayáis aceptado la propuesta sin ningún miramiento; pues, a fin de cuentas, ¿ordena el autentico fervor que se despoje de sus bienes a un heredero legítimo? Y si aceptamos el hecho de que el Cielo os impide terminantemente vivir con Damis, ¿no sería más propio de una persona prudente el que os fuerais vos de aquí, antes de aceptar, que, contra toda lógica, se eche por vuestra culpa al hijo de esta casa? Creedme, señor; daríais una prueba de vuestra discreción si...

TARTUFO.- Señor, son las tres y media, y me reclama un ineludible deber piadoso. Os pido que me excuséis por dejaros tan pronto.

CLEANTO.- Ya.

ACTO CUARTO: ESCENA SEGUNDA

Edelmira, Cleanto, Mariana y Dorina.

DORINA.- *(A Cleanto)* Venid con nosotras, señor, a hacer algo por ella; su alma sufre una pena mortal. La petición de mano que su padre ha señalado para esta tarde la ha sumido en la más completa desesperación. Está al llegar. Unamos nuestros esfuerzos, por favor, y tratemos de impedir, por la fuerza o por la astucia, que ponga en práctica este plan disparatado que a todos nos inquieta.

ACTO CUARTO: ESCENA TERCERA

Orgón, Edelmira, Mariana, Cleanto y Dorina.

ORGÓN.- ¡Ah! ¡Cuánto me alegra veros a todos reunidos! *(A Mariana.)* Traigo en este contrato algo que te va a divertir. Ya sabes a lo que me refiero.

MARIANA.- *(Arrodillándose delante de su padre)* Padre mío, en nombre del Cielo, que sabe mi dolor, y por todo cuanto pueda conmoverte el corazón, cede un poco en tus derechos paternos y permite que no te obedezcan mis deseos. No me obligues con esta ley tan dura a tener que quejarme ante el Cielo de todo lo que te debo; no hagas desdichada esta vida que tú me has dado, padre mío. Si en contra de la dulce esperanza que haya podido concebir, me impides ser de aquél a quien me he atrevido a amar, líbrame por lo menos del tormento de pertenecer a un hombre al que aborrezco, y no me hagas cometer ninguna acción desesperada, al disponer de mí con todo el poder que ejerces sobre mi persona.

ORGÓN.- *(Conmovido)* Sé firme, corazón mío; no te dejes llevar por flaquezas humanas.

MARIANA.- No me preocupa el afecto que sientes por él; dale tu fortuna, y, si ello no fuera suficiente, añade la mía; accedo a ello gustosa y te la cedo; pero no extiendas también esta donación a mi persona, y deja que los tristes días que el cielo me conceda se consuman en las austeridades de un convento.

ORGÓN.- ¡Vaya! ¡Qué ansias religiosas aparecen cuando un padre se opone a un amor apasionado! ¡Ponte de pie! Cuanto más repugne a tu corazón aceptarlo, más mérito tendrás al hacerlo. Mortifica tus sentidos con este casamiento, y no me des más quebraderos de cabeza.

DORINA.- ¡Pero como!

ORGÓN.- ¡Cállate tú! Habla para tus adentros. Te prohibo terminantemente que digas ni una sola palabra.

CLEANTO.- Si quieres que te dé un consejo...

ORGÓN.- Tus consejos, hermano, son los mejores del mundo, y los tengo muy en cuenta por lo bien razonados que están; pero confío que aceptes el que no haga uso de ellos.

EDELMIRA.- *(A Orgón)* No sé qué decir al ver lo que estoy viendo. Me asombra tu ceguera. Tienes que estar muy ofuscado y muy predispuesto a su favor para habernos desmentido a todos respecto a lo que hoy ha sucedido.

ORGÓN.- Me tienes a tu disposición y me dejo llevar por las apariencias. Sé que estás muy bien dispuesta hacia el granuja de mi hijo y que te ha dado miedo censurarle la forma en que ha tratado a ese pobre hombre. Te has quedado demasiado tranquila para que pueda creerte; de haber sido cierto, habría cambiado tu expresión.

EDELMIRA.- ¿Tanto ha de afectar a nuestro honor la simple confesión de un sentimiento amoroso? ¿No hay otra forma de reaccionar ante él más que con el fuego de la mirada y la injuria en los labios? Yo por mi parte me río sin más de esas palabras, y no me agrada el escándalo que pudiera provocar. Prefiero dar muestras de prudencia y dulzura, y no soporto a esas mojígatas impulsivas, cuyo honor, armado de uñas y dientes, trata de arañar a la gente ante la más breve insinuación. ¡Líbreme el Cielo de una prudencia así! Prefiero una virtud sincera, y creo que la discreta frialdad de una negativa no es menos eficaz para desanimar a un corazón.

ORGÓN.- En fin, ya conozco ese asunto, y no me dejo llevar por el engaño.

EDELMIRA.- Te repito una vez más que me asombra esa increíble debilidad que tienes. Pero ¿qué respondería tu incredulidad si te diese una prueba de que es verdad cuanto te han dicho?

ORGÓN.- ¿Una prueba?

EDELMIRA.- Sí.

ORGÓN.- ¡Eso es un cuento!

EDELMIRA.- ¿Y si encontrara una forma de hacértelo ver con toda claridad?

ORGÓN.- ¡Un cuento!

EDELMIRA.- ¡Qué hombre! Respóndeme al menos. No te pido que me creas; pero supongamos que pudieses verlo y oírlo todo con claridad desde un sitio invisible. ¿Qué dirías entonces de tu hombre de bien?

ORGÓN.- En tal caso diría que... No diría nada porque eso es imposible.

EDELMIRA.- ¡Qué error más persistente! Ya estoy harta de que me tengas por embustera. Es preciso que, por gusto y sin más demora, seas testigo de todo lo que te han dicho.

ORGÓN.- De acuerdo. Te tomo la palabra. Veremos cómo te las apañas para cumplir esa promesa.

EDELMIRA.- (*A Dorina*) Hazle venir

DORINA.- (*A Edelmira*) Es astuto. Tal vez resulte difícil sorprenderlo.

EDELMIRA.- (*A Dorina*) No. Resulta fácil convertirse en juguete de aquél a quien amamos, y el amor tiende a engañarnos a nosotros mismos. Haz que baje. (*A Cleanto y a Mariana*). Marchaos vosotros.

ACTO CUARTO: ESCENA CUARTA

Edelmira y Orgón.

EDELMIRA.- Acerquemos esta mesa, y métete debajo de ella.

ORGÓN.- ¿Cómo?

EDELMIRA.- Tienes que esconderte bien.

ORGÓN.- ¿Y por qué debajo de la mesa?

EDELMIRA.- ¡Ay, Dios mío! Déjame hacer a mí. Tengo una idea, que muy pronto verás. Métete ahí, te digo, y cuando estés debajo, procura que no se te vea ni se te oiga.

ORGÓN.- Admito que lo hago complacido, pero quiero ver cómo sales de esta empresa.

EDELMIRA.- Creo que no tendrás que echarme nada en cara. Pero voy a hacer algo muy singular, de modo que no te escandalices. Diga lo que diga, me lo has de permitir, puesto que lo hago para convencerte como te he prometido. Voy a recurrir a la dulzura, ya que no tengo otro medio de desenmascarar a esa alma hipócrita, halagando sus desvergonzadas ansias amorosas y dando rienda suelta a su osadía. Como voy a fingir que correspondo a sus deseos, para engañarle mejor, y como esto lo hago sólo por tí, daré por terminada la escena cuando tú lo decidas y las cosas no irán más allá de donde tú quieras. A tí te corresponde detener su insensata pasión cuando creas que las cosas han llegado ya a su justo límite. Evítale a tu esposa un sonrojo mayor y no me expongas más que lo preciso para que te desengañes. Se trata de tus intereses; cuida de ellos como dueño suyo que eres... Ahí llega. Ocúltate bien y procura que no se te vea.

ACTO CUARTO: ESCENA QUINTA

Tartufo, Edelmira y Orgón (*Escondido*)

TARTUFO.- Me han dicho que viniera aquí porque queríais hablarme.

EDELMIRA.- Tengo que revelaros un secreto. Pero cerrad esa puerta antes de que empecemos a hablar y mirad bien por todas partes no sea que alguien nos sorprenda. No nos interesa de ninguna manera que se vuelva a producir un incidente como el de antes. Nunca me había llevado una sorpresa tan grande. Damis me ha dado un buen susto por culpa vuestra, y, como visteis, me esforcé todo lo que pude para impedir que pusiera en práctica su idea y para calmar su irritación. La verdad es que he sentido tal turbación que no se me ha ocurrido desmentirle; pero precisamente por eso, gracias a Dios, todo ha salido a pedir de boca y el asunto ha quedado zanjado. La estima en que se os tiene ha disipado la tormenta y mi marido no puede sospechar de vos. Para afrontar mejor el escándalo de los murmuradores, quiere que estemos siempre juntos; y ésta es la razón de que pueda estar aquí con vos a solas, sin temor a las críticas, y de que os pueda abrir mi corazón, tal vez demasiado dispuesto a aceptar vuestras ansias.

TARTUFO.- Señora, me resulta muy difícil de entender ese lenguaje, pues habláis de una forma muy distinta a la de antes.

EDELMIRA.- ¡Qué mal conocéis el corazón de una mujer, si os habéis molestado por mi primera negativa! ¡Qué poco sabéis lo que quiere manifestar cuando se defiende de una forma tan débil! En tales momentos, nuestro pudor impide siempre tenazmente que se nos atribuyan sentimientos de ternura. Por muy justificado que esté el amor que nos domina, siempre nos dará cierta vergüenza confesarlo. Empezamos defendiéndonos de él; pero la actitud que para ello adoptamos revela a las claras que nuestro corazón se ha rendido; que nuestros labios se oponen a nuestros deseos por respeto al honor; y que estas negativas están realmente prometiéndolo todo. Os estoy haciendo, sin duda, una confesión bastante libre, y no me estoy preocupando nada de mi pudor; pero, como ya está dicho, ¿me habría esforzado en retener a Damis, habría escuchado, insisto, con tanto cariño y del principio al fin el ofrecimiento de vuestro amor, habría tomado la cosa como lo he hecho, si vuestra declaración no me hubiera complacido?. Y cuando yo misma os he insistido en que rehusarais casaros con mi hijastra, ¿qué creíais que estaba pretendiendo?. ¿No comprendéis que estoy interesada por vos y que sufriría mucho si, como consecuencia de vuestra boda, tuviera que compartir un corazón que yo deseo entero?

TARTUFO.- Qué duda cabe, señora, que produce una alegría extrema escuchar estas cosas de unos labios amados; su miel hace que corra por todos mis sentidos una dulzura que nunca había probado. No tengo otro fin que la dicha de poder agradaros, y mi alma se esponja de alegría ante vuestros suspiros. Pero este corazón os pide también que le concedáis la libertad de atreverse a dudar un poco de su gozo. Podría pensar que estas palabras vuestras son una trampa para hacer que deshaga la boda que se ha anunciado; y, si he de ser franco, no me fiaré de expresiones tan dulces hasta quedar convencido mediante la concesión de alguno de esos pequeños favores vuestros por los que tanto suspiro. Sólo eso sembrará en mi alma una sólida fe en las encantadoras bondades que me estáis dispensando.

EDELMIRA.- *(Tras haber tosido para advertir a su marido)* Pero ¿cómo? ¿Queréis ir tan deprisa y agotar, ya desde el principio, toda la ternura de un corazón? Me he violentado haciéndoos la más dulce de las confesiones, y ahora veo que eso no es suficiente. ¿He de concederos hasta los últimos favores para que así os sintáis satisfecho?

TARTUFO.- Cuanto menos merecedores somos de un bien, menos nos atrevemos a esperararlo. Mis deseos temen fiarse demasiado de vuestras palabras. Es natural que recele de una suerte tan gloriosa y que quiera disfrutarla antes de creer que puedo hacerlo. Me creo tan poco merecedor de vuestras bondades, que dudo del éxito de mi temeridad; y no creeré, señora, en nada si antes no lo convertís en realidad para convencer a mi pasión.

EDELMIRA.- ¡Dios mío! ¡Vuestro amor se comporta de una forma despótica! ¡Qué extraña intranquilidad comunica a mi alma! ¡Qué imperio furioso ejerce sobre los corazones! ¡Con qué violencia exige lo que desea! ¿Cómo? ¿No me es posible defenderme de vuestro acoso, y no me dais tiempo ni de respirar? ¿Es lícito demostrar un rigor tan extremo, querer a sangre y fuego las cosas que se piden, y abusar así, con vuestros esfuerzos apremiantes, de la debilidad que sabéis que alguien siente por vos?

TARTUFO.- Pero si miráis con benevolencia mis homenajes, ¿por qué me habéis de negar unas pruebas reales?

EDELMIRA.- ¿Pero cómo atender a vuestra petición sin ofender a ese Cielo del que siempre habláis?

TARTUFO.- Si es tan sólo el Cielo el que se opone a nuestro amor, bien poca cosa es para mí suprimir ese obstáculo, que no debe reprimir vuestro corazón.

EDELMIRA.- Pero, ¿nos asustan tanto con los castigos del Cielo!

TARTUFO.- Yo puedo conseguir que se disipen en vos esos ridículos temores, pues conozco la forma de suprimir los obstáculos, señora. Es cierto que el Cielo prohíbe determinados placeres; pero podemos estar en paz con él. De acuerdo con las diversas necesidades, existe la ciencia de saber aflojar las ligaduras de nuestra conciencia y de rectificar las malas acciones con la pureza de nuestra intención. Ya os revelaré yo; señora, todos estos secretos; no tenéis más que dejaros guiar; satisfaced mis deseos y no sintáis temor. Yo respondo de todo y asumo la culpa por entero. *(Edelmira vuelve a toser)*. Estáis tosiendo mucho, señora.

EDELMIRA.- Sí, y es muy molesto.

TARTUFO.- ¿Queréis un trozo de regaliz?

EDELMIRA.- Es un constipado muy persistente. Creo que no me libraré de él aunque tomara todo el jugo de regaliz que hay en el mundo.

TARTUFO.- Es realmente molesto.

EDELMIRA.- Sí, no os lo podéis imaginar.

TARTUFO.- En fin; vuestros escrúpulos son fáciles de disipar. Podéis estar segura del secreto más absoluto; y todo el mal de algo se reduce al escándalo que puede originar. El escándalo público es lo que constituye el delito. No comete pecado quien lo hace en silencio.

EDELMIRA.- *(Tras haber tosido otra vez)* En fin, veo que no tengo otra alternativa que ceder a vuestros deseos, que es preciso que lo consienta todo, ya que, si no lo hago, no puedo pretender que vuestras ansias queden satisfechas y que se dignen rendirse. No hay duda de que resulta enojoso llegar a tal extremo, y con gran pesar mío traspaso ese límite. Pero ya que os obstináis en obligarme a ello y que deseáis una prueba convincente, no puedo hacer más que decidirme y contentaros. Si este consentimiento implica algún pecado, tanto peor para quien me fuerza a violentarme así. Es evidente que no seré yo la culpable.

TARTUFO.- Claro, señora; yo asumo esa culpa, y la cosa en sí...

EDELMIRA.- Entreabrid esa puerta y mirad, por favor, no vaya a ser que esté mi marido por esa galería.

TARTUFO.- ¿Es necesario que os toméis por él tantos cuidados? Aquí entre nosotros, es un hombre más fácil de llevar que un borrego. Alaba cuanto digo, y le he puesto en situación de verlo todo y de no creer en nada.

EDELMIRA.- No importa; salid un momento, por favor; y mirad por ahí fuera, revisando todos los rincones.

ACTO CUARTO: ESCENA SEXTA

Orgón y Edelmira.

ORGÓN.- *(Saliendo de debajo de la mesa)* ¡Qué hombre más abominable! ¡Lo reconozco! Me cuesta trabajo creerlo. Todo esto me ha dejado aturdido.

EDELMIRA.- ¿Cómo? ¿Sales tan pronto? Te ríes de la gente. Vuelve a tu sitio, que aún no ha llegado el momento. Espera hasta el final, y lo verás todo con certeza. No te dejes llevar de simples conjeturas.

ORGÓN.- No; nunca ha salido del infierno nada más maligno.

EDELMIRA.- ¡Dios mío! No debes dejarte convencer tan a la ligera. Deja que yo te convenza bien antes de que des tu brazo a torcer. No tengas prisa, no vaya a ser que te equivoques... *(Edelmira hace que su marido se sitúe detrás de ella.)*

ACTO CUARTO: ESCENA SÉPTIMA

Tartufo, Edelmira y Orgón.

TARTUFO.- Todo conspira, señora, en favor de mi gozo. He examinado bien todo ese aposento; no hay nadie en él, y mi alma arrebatada... *(Al ir a abrazar a Edelmira, ésta se aparta y Tartufo queda frente a Orgón)*

ORGÓN.- *(Deteniendo a Tartufo)* ¡Más despacio! Os dejáis impulsar demasiado por vuestras ansias amorosas, y no debéis apasionaros tanto. ¡Vaya, vaya! ¿De modo que el hombre de bien pretendía engañarme?. ¿Cómo es posible que vuestra alma caiga así en la tentación? Os casáis con mi hija, y a la que deseáis ardientemente es a mi esposa. He estado dudando mucho de que esto fuera cierto, y siempre he creído que estaban desfigurando la realidad. Pero esto es llevar las cosas demasiado lejos. A las pruebas me remito; y, por mi parte, ya son suficientes.

EDELMIRA.- *(A Tartufo)* He hecho todo esto en contra de mi voluntad, pero no me han dejado otra alternativa que trataros así.

TARTUFO.- *(A Orgón)* Pero ¿cómo? ¿Es que creéis que...?

ORGÓN.- Vamos, no voceéis, por favor. Las cosas están claras y no hace falta darles más rodeos.

TARTUFO.- Yo tenía la intención de...

ORGÓN.- No es éste el momento de explicar nada. Salid inmediatamente de esta casa.

TARTUFO.- Aunque habléis como el dueño, sois vos el que debe salir. La casa me pertenece; lo haré valer, y os demostraré que es inútil que recurráis a cobardes subterfugios para querellarme. No vais a conseguir nada insultándome. Tengo medios de confundir y de castigar esta impostura, de vengar al Cielo ofendido, y de hacer que se arrepientan todos los que ahora tratan de expulsarme de esta casa.

ACTO CUARTO: ESCENA OCTAVA

Edelmira y Orgón.

EDELMIRA.- ¿Qué significan esas palabras? ¿Que quiere decir?

ORGÓN.- Estoy muy confuso; no es momento de bromas.

EDELMIRA.- ¿Cómo?

ORGÓN.- Yo tengo la culpa de lo que dice. La donación que le he hecho me está turbando el alma.

EDELMIRA.- ¿La donación...?

ORGÓN.- Sí, es un trato hecho. Pero hay otra cosa que todavía me preocupa más.

EDELMIRA.- ¿Qué es?

ORGÓN.- Ya lo sabrás todo. Pero ahora subamos en seguida para ver si aún está arriba cierto cofrecillo.

QUINTO ACTO

ACTO QUINTO: ESCENA PRIMERA

Orgón y Cleanto.

CLEANTO.- ¿Adónde vas?

ORGÓN.- Ni siquiera lo sé.

CLEANTO.- Deberíamos discutir juntos qué se podría hacer en tales circunstancias.

ORGÓN.- Lo que más me preocupa es ese cofrecillo. Me causa una desesperación superior a todo lo demás.

CLEANTO.- ¿Cuál es misterio importante que encierra ese cofrecillo?

ORGÓN.- Es algo que Argas, un amigo con el que simpatizaba mucho, puso en mis manos con el mayor secreto. Me eligió a mí como depositario del mismo antes de salir huyendo. Me dijo que contenía unos documentos de los que dependían su vida y su fortuna.

CLEANTO.- ¿Y cómo fueron a parar a otras manos?

ORGÓN.- Por un problema de conciencia. No dudé en contárselo todo a aquel traidor y me hizo tales razonamientos que acabó convenciéndome de que era mejor confiarle el cofrecillo a él. De este modo, si se abría una investigación tenía una excusa para salir bien parado y con la conciencia tranquila de los interrogatorios, por no haber faltado a la verdad en mi juramento.

CLEANTO.- Por lo que parece, te has metido en un buen lío. Con toda sinceridad te diré que con esa confianza y esa donación diste un paso muy a la ligera, y que eso te puede perjudicar ahora extraordinariamente. Si ese hombre dispone de esas armas contra ti, sería otra imprudencia muy grande el que trataras de echarlo ahora de tu casa. Habrá que buscar otra forma más suave de hacerlo.

ORGÓN.- ¿Cómo puede ese hombre ocultar bajo la hermosa apariencia de un fervor tan conmovedor un corazón tan falso y un alma tan perversa? Yo que le di cobijo cuando vino a mi casa andrajoso y sin un céntimo... ¡Se acabó! Lo tengo decidido: no quiero tratos con los hombres de bien; de ahora en adelante sentiré hacia ellos una aversión espantosa. Seré para ellos algo peor que el mismísimo demonio.

CLEANTO.- ¡No te pongas así! No sabes mantenerte en el justo medio. Siempre te apartas de la recta razón, yendo a caer en un extremo o en otro. Reconoces tu equivocación y aceptas que te convertiste en juguete de una piedad hipócrita y falsa. Pero ¿por qué pretendes corregirte cayendo en un error más grave todavía? ¿Cómo puedes confundir el corazón de un perverso impostor con el corazón de un verdadero hombre de bien? Por el hecho de que un sinvergüenza se haya atrevido a engañarte con el ostentoso resplandor de su farsa, ¿vas a sacar la conclusión de que no existe ningún devoto sincero y auténtico? Deja que sean los libertinos quienes extraigan esas estúpidas conclusiones. Tú distingue entre la virtud y la apariencia; no arriesgues nunca tu estimación por dejarte llevar apresuradamente de tus impulsos, y aprende a

buscar siempre el punto medio. Guárdate de rendir pleitesía a la impostura, pero no vayas a ofender al verdadero fervor; y si has de caer en alguno de estos extremos, procura inclinarte más bien por el segundo de ellos.

ACTO QUINTO: ESCENA SEGUNDA

Orgón, Cleanto y Damis.

DAMIS.- ¿Es cierto, padre mío, que estás siendo amenazado por ese sinvergüenza; que se está aprovechando de todos tus beneficios, y que su orgullo cobarde e indignante ha convertido la generosidad que le has dispensado en un arma contra ti?

ORGÓN.- Así es, hijo mío, y esto me está haciendo sufrir más de lo que puedes imaginarte.

DAMIS.- Déjalo de mi cuenta, que yo le cortaré las orejas. No nos debemos acobardar ante su insolencia. A mí me corresponde librarte de ella de una vez, de forma que acabaré con él para sacarte de este apuro.

CLEANTO.- He aquí una forma de reaccionar típicamente juvenil. Modera, por favor esos impulsos tan vehementes. Vivimos bajo un régimen monárquico, y ésta es una época en la que las cosas no se resuelven recurriendo a la violencia.

ACTO QUINTO: ESCENA TERCERA

Señora Pernel, Mariana, Edelmira, Dorina, Damis, Orgón y Cleanto.

SRA. PERNEL.- ¿Qué pasa aquí? ¿Cuál es ese terrible misterio del que me han llegado noticias?.

ORGÓN.- Se trata de unos hechos que he visto con mis propios ojos. Mira la forma en que me han pagado mis muchas atenciones. Recojo por caridad a un hombre sumido en la miseria, le doy cobijo en mi casa y le ofrezco un trato de hermano; lo lleno de favores día a día, le otorgo la mano de mi hija, y le hago donación de todo cuanto poseo. Y al mismo tiempo, ese perverso, ese infame concibe el oscuro proyecto de seducir a mi mujer, y, no contento aún de sus sucios manejos, se atreve a amenazarme con los bienes que yo le he transferido, tratando de utilizarlos para arruinarme. Quiere valerse de mis imprudentes donaciones para despojarme de todo cuanto tengo y reducirme al estado de indigencia del que yo le saqué a él.

DORINA.- ¡Pobre señor!

SRA. PERNEL.- No puedo creer, hijo mío, que haya intentado cometer una acción tan vil.

ORGÓN.- ¿Cómo?

SRA. PERNEL.- Las gentes de bien se encuentran siempre expuestas a la envidia de los demás.

ORGÓN.- ¿Qué quieres decir con eso, madre?

SRA. PERNEL.- Que en esta casa se lleva un régimen de vida muy poco común, y que es bien conocido el odio que le tienen.

ORGÓN.- ¿Qué tiene que ver ese odio con el tema en cuestión?

SRA. PERNEL.- Te lo dije cien veces cuando aún eras un niño: "En este mundo, la virtud es siempre perseguida; mueren los envidiosos, pero nunca desaparece la envidia."

ORGÓN.- ¿Y qué relación tiene esa frase con el problema que tenemos aquí planteado?

SRA. PERNEL.- Te habrán venido con cien cuentos estúpidos, que alguien se habrá inventado en contra de él.

ORGÓN.- Te repito que lo he visto con mis propios ojos.

SRA. PERNEL.- La maldad de los difamadores no tiene límite.

ORGÓN.- Me vas a sacar de mis casillas, madre. Te insisto en que he visto con mis propios ojos ese crimen tan audaz.

SRA. PERNEL.- Las malas lenguas siempre andan sobradas de veneno que escupir, y no hay nada en el mundo que se vea libre de ellas.

ORGÓN.- Eso que dices es absurdo. Te digo que lo he visto, que lo he podido ver con mis propios ojos, lo que se dice ver. ¿Te lo tengo que repetir cien veces y decírtelo a gritos?

SRA. PERNEL.- ¡Santo Dios! ¡Pues será que no engañan las apariencias la mayoría de las veces! No siempre hay que juzgar por lo que se ve.

ORGÓN.- Estoy que reviento de rabia.

SRA. PERNEL.- La naturaleza humana nos inclina a sospechar falsamente, y con frecuencia interpretamos el bien de una forma torcida.

ORGÓN.- El deseo de abrazar a mi esposa, ¿he de interpretarlo como un afán caritativo?

SRA. PERNEL.- Antes de acusar a nadie, hay que tener motivos bien fundados. Deberías esperar hasta que lo tuvieras todo muy seguro.

ORGÓN.- ¡Diablos! ¿Qué medio tengo de asegurarme mejor? ¿O es que tenía que esperar a que ante mis ojos la hubiera...? ¡Me vas a hacer que diga una barbaridad!

SRA. PERNEL.- En fin; se ve que su alma arde con un fervor tan puro, que no puedo imaginar en modo alguno que haya intentado realizar las cosas que me cuentan.

ORGÓN.- ¡Vaya por Dios! ¡Estoy tan irritado que, si no fueras mi madre, no sé qué te diría!

DORINA.- *(A Orgón)* ¡Cómo cambian las tornas en este mundo, señor!. Antes no queríais creernos, y ahora es a vos a quien no os creen.

CLEANTO.- Estamos perdiendo en tonterías un tiempo precioso que habría que utilizar para tomar decisiones. Ante las amenazas de ese sinvergüenza, no podemos echarnos a dormir.

DAMIS.- ¿Cómo? ¿Hasta ese punto va a llegar su descaro?

EDELMIRA.- Por mi parte, me parece imposible que haga eso. Quedaría muy a las claras su ingratitud.

CLEANTO.- *(A Orgón)* Tú no te fíes. Ya dará con recursos para que parezcan razonables sus planes. Por menos de eso, un intrigante puede ahogar a cualquiera en un mar de tribulaciones. Te insisto, hermano, con las armas que tiene, no debes azuzarle demasiado.

ORGÓN.- Tienes razón; pero ¿qué puedo hacer? No puedo reprimir la irritación que me produce la insolencia de ese rufián.

CLEANTO.- Lo que yo desearía, sinceramente, es que se restablecieran las relaciones entre vosotros dos, en un ambiente de concordia.

EDELMIRA.- Si yo hubiera sabido que disponía de tantas armas, no hubiera dado ocasión a que se planteara todo este problema; y mis...

ORGÓN.- *(A Dorina, al ver entrar al señor Leal)* ¿Qué quiere ese hombre? Ve a preguntárselo, Dorina. ¡Pues sí que estoy yo ahora para recibir visitas!

ACTO QUINTO: ESCENA CUARTA

Orgón, la señora Pernel, Edelmira, Mariana, Cleanto, Damis, Dorina y el señor Leal.

SR. LEAL.- *(A Dorina, al fondo de la escena)* Buenos días, muchacha; hazme el favor de llevarme a hablar con el señor.

DORINA.- Tiene visita y dudo de que pueda ahora recibir a nadie.

SR. LEAL.- No quisiera pecar de inoportuno, pero no creo que le desagrede mi visita. Vengo para algo que le gustará.

DORINA.- ¿Cómo os llamáis?

SR. LEAL.- Dile sólo que vengo de parte del señor Tartufo, para algo relacionado con sus bienes.

DORINA.- *(A Orgón)* Es un hombre que viene con buenas maneras, de parte del señor Tartufo, para un asunto que, según dice él, os complacerá.

CLEANTO.- *(A Orgón)* Tienes que enterarte de quién es ese hombre y de qué es lo que quiere.

ORGÓN.- (A Cleanto) Quizá venga a reconciliarnos. ¿Cómo le debo recibir?

CLEANTO.- (A Orgón) No te dejes llevar por el resentimiento. Si viene en buen plan, le tienes que escuchar.

SR. LEAL.- Mis saludos, señor. ¡Que el Cielo condene a quien quiera perjudicaros y os sea tan propicio como yo deseo!

ORGÓN.- (A Cleanto, por lo bajo) Esta forma tan amable de empezar confirma mi suposición y presagia algún tipo de acuerdo.

SR. LEAL.- Siempre he tenido un gran cariño por esta casa, pues fui sirviente de vuestro padre.

ORGÓN.- Siento mucho, señor, no reconoceros ni recordar vuestro nombre. Os pido perdón por ello.

SR. LEAL.- Me llamo Leal, procedo de Normandía y soy alguacil, a pesar de las envidias. Desde hace cuarenta años y gracias a Dios, tengo la satisfacción de ejercer este puesto de honor. Con vuestra venia, señor, vengo a traeros un mandamiento judicial.

ORGÓN.- ¿Cómo? ¿Habéis venido aquí a...?

SR. LEAL.- No os alteréis, señor. No es más que un requerimiento, una orden de desahucio para que vos y vuestra familia desalojéis esta casa y saquéis todos los muebles, a fin de que puedan meterse otros. Esto se ha de hacer sin dilación ni demora, pues así ha sido exigido.

ORGÓN.- ¿Que me vaya yo de mi casa?

SR. LEAL.- Sí, señor, si queréis hacerme ese favor. Ya sabéis que esta casa pertenece ahora, sin ninguna duda, al señor Tartufo. Él es ya dueño y señor de todos vuestros bienes, según se dice en un contrato que traigo conmigo. Está todo en regla, y no hay respuesta posible.

DAMIS.- (Al señor Leal) Eso es verdad. Es tanta la desvergüenza que le deja a uno sin habla.

SR. LEAL.- (A Damis) Este asunto no tiene nada que ver con vos (*señalando a Orgón*), sino con este señor tan sensato, tan afable, y tan conecedor además de lo que debe hacer un hombre de bien, que no intentará oponerse a la acción de la justicia.

ORGÓN.- Pero...

SR. LEAL.- Sí, señor. Yo sé que no intentaréis rebelaros por nada del mundo, y que, como buen ciudadano que sois, permitiréis que cumpla las órdenes que he recibido.

DAMIS.- También podría suceder, señor alguacil, que salierais de aquí con vuestra vara rota en las costillas.

SR. LEAL.- *(A Orgón)* Decidle a vuestro hijo que se calle o que se vaya, señor. Me disgustaría mucho tener esto en cuenta y consignarlo en el acta que he de levantar.

DORINA.- *(Aparte)* Más que Leal, este señor me está pareciendo a mí desleal.

SR. LEAL.- Soy educado con las personas honradas, y he querido encargarme yo mismo de este asunto para haceros un favor. Quería evitar que escogieran a otros que, al no sentir por vos el celo que a mí me mueve, habrían actuado tal vez de una forma más brusca.

ORGÓN.- ¿Pero es que puede haber algo peor que obligar a la gente a que se vaya de su casa?

SR. LEAL.- Disponéis de un plazo, y hasta mañana mantendré en suspenso la ejecución del mandato. Vendré tan sólo a pasar la noche aquí, con diez de mis hombres, sin ningún escándalo ni alboroto. Por mero formulismo, me tendréis que dar, antes de acostaros, las llaves de la casa. Tendré sumo cuidado en no turbar vuestro descanso y en no causaros más molestias que las estrictamente necesarias. Pero mañana, nada más amanecer, habréis de sacar de aquí hasta el último utensilio. Mis hombres os ayudaran; los he elegido robustos para que puedan colaborar en la faena de sacarlo todo fuera. Creo que no se puede proceder con mayor consideración. Espero que sepáis responder, señor, a mi gran indulgencia con un buen comportamiento y haciendo que nadie me estorbe en el cumplimiento de mi misión.

ORGÓN.- *(Aparte)* ¡Con qué gusto daría yo ahora mismo los cien hermosos luises que me quedan para poder atizarle a este hombre en los morros el mayor puñetazo del mundo!

CLEANTO.- *(A Orgón por lo bajo)* Déjalo, no vayamos a echarlo todo a perder.

DAMIS.- Ante tamaña osadía, apenas me puedo contener. Siento que se me van las manos.

DORINA.- A esa espalda tan hermosa que tenéis, señor Leal, no le sentarían mal unos cuantos palos.

SR. LEAL.- Muchacha, esas insolentes palabras podrían ser motivo de castigo. También se procesa a las mujeres...

CLEANTO.- *(Al señor Leal)* Acabemos con esto, señor. Ya es suficiente. Dadme ese papel, por favor, y marchaos.

SR. LEAL.- ¡Hasta la vista! ¡Que el Cielo os conserve la alegría!

ORGÓN.- ¡Ojalá te confunda a ti y a quien te manda!

ACTO QUINTO: ESCENA QUINTA

Orgón, Cleanto, Mariana, Edelmira, la señora Pernel, Dorina y Damis.

ORGÓN.- ¿Qué te parece, madre? ¿Tengo o no motivos para quejarme? Pues por esto del mandamiento judicial puedes deducir todo lo demás. ¿Te convences ahora de su traición?

SRA. PERNEL.- ¡Me he quedado muda de asombro! Parece que me he caído de una nube.

DORINA.- (*A Orgón*) Hacéis mal al quejaros y al censurarle. Todo esto viene a confirmar sus piadosos deseos. Su virtud se consume en amor al prójimo; él sabe que, a menudo, los bienes corrompen al hombre, y quiere, movido exclusivamente por la caridad, quitaros todo aquello que pueda ser un obstáculo para vuestra salvación.

ORGÓN.- ¡Silencio! Siempre tengo que estar diciéndote que te calles.

CLEANTO.- (*A Orgón*) Examinemos la situación a ver qué camino te conviene seguir.

EDELMIRA.- Que todo el mundo se entere de lo que se ha atrevido a hacer ese desgraciado. Su forma de comportarse anula la fuerza del contrato, y su deslealtad es demasiado vil como para que obtenga el éxito apetecido.

ACTO QUINTO: ESCENA SEXTA

Valerio, Orgón, la señora Pernel, Edelmira, Cleanto, Damis, Mariana y Dorina.

VALERIO.- Siento mucho, señor; venir a daros una mala noticia; pero me veo forzado a ello ante el inminente peligro que se cierne sobre vos. Un amigo al que aprecio mucho y que sabe lo interesado que estoy por vuestros asuntos, ha llevado a cabo la delicada gestión de violar un secreto de Estado, y acaba de enviarme un aviso cuyo contenido os obliga a que huyáis inmediatamente. Ese granuja que os ha estado dominando durante tanto tiempo, os ha acusado, hace cosa de una hora, ante el príncipe, y ha puesto en sus manos, como uno más de los dardos que os está lanzando, el importante cofrecillo de un criminal de Estado, que vos habéis estado guardando en secreto, en contra de lo que debe hacer todo buen ciudadano. Ignoro los detalles del delito que os imputan; pero se ha dictado una orden de arresto contra vos; y él mismo se ha comprometido, para su mejor ejecución, a venir a acompañar a quien os ha de detener.

CLEANTO.- Una vez que tiene asegurados sus derechos, ese traidor pretende apoderarse así de tus bienes.

ORGÓN.- El hombre es un animal perverso; lo reconozco.

VALERIO.- Cuanto más os demoréis será peor. Tengo a la puerta mi carroza preparada para alejaros de aquí, además de mil luses que llevo encima. No perdamos más tiempo. La sentencia es fulminante, y se trata de uno de esos golpes que no se pueden esquivar más que huyendo. Me ofrezco a conducirlos a un lugar seguro, y quiero acompañaros hasta el fin en vuestra fuga.

ORGÓN.- ¿Cómo te podría agradecer lo que ahora haces por mí? Tendré que esperar a que vengan tiempos mejores. Pido al Cielo que sea lo bastante propicio para poder devolvete algún día este generoso servicio. Adiós. Cuidad vosotros de...

CLEANTO.- Vete en seguida. Nosotros nos ocuparemos de cuanto sea necesario, hermano mío.

ACTO QUINTO: ESCENA SÉPTIMA

Tartufo, el Oficial Real, la señora Pernel, Orgón, Edelmira, Cleanto, Mariana, Valerio, Damis y Dorina.

TARTUFO.- *(Deteniendo a Orgón)* Poco a poco, señor mío, poco a poco, no corráis tanto, que no vais a llegar muy lejos buscando protección. Daos preso en nombre del príncipe.

ORGÓN.- ¡Traidor! Esta era la última flecha que me reservabas. Tratas de rematarme con este golpe fatal, malvado, para coronar así todo el mal que me has hecho.

TARTUFO.- No me afectan vuestros insultos, pues el Cielo me ha enseñado a soportarlo todo.

CLEANTO.- Hay que reconocer que resulta edificante tan devota moderación.

DAMIS.- ¡Cómo se burla del Cielo ese infame sinvergüenza!

TARTUFO.- Ninguno de tus arrebatos lograrán conmoverme. Sólo pienso en cumplir con mi deber.

MARIANA.- Os va a reportar una gran gloria esta acción, ya que ejercéis una función muy honorable.

TARTUFO.- Cuando emana del poder de quien aquí me envía, cualquier función ha de ser necesariamente gloriosa.

ORGÓN.- ¡Desagradecido!, ¿ya no te acuerdas de que mis caritativas manos te sacaron de la miseria?

TARTUFO.- Sí; reconozco las ayudas que he recibido, pero los intereses del príncipe constituyen el primero de mis deberes. La justa violencia de este sagrado deber ahoga en mi corazón todo posible agradecimiento. A tan poderoso vínculo sacrificaría yo a mis amigos, a mi esposa, a mis padres e incluso a mí mismo.

EDELMIRA.- ¡Qué impostor!

DORINA.- ¡Con qué traidores medios sabe disfrazarse detrás del bello manto de aquello que todos veneramos!

CLEANTO.- Pero si el celo que os mueve y con el que os revestía es tan perfecto como aseguráis, ¿a qué se debe que para ponerse de manifiesto haya tenido que esperar a que os haya sorprendido persiguiendo a su esposa, y que no se os haya ocurrido denunciarle más que cuando su honor le ha obligado a expulsaros de esta casa? No me estoy refiriendo a la donación que os hizo de todos sus bienes, para

disuadiros de vuestra mala acción. Lo que quiero preguntaros es ¿por qué, si hoy le consideráis culpable, ayer consentíais en recibir algo de él?

TARTUFO.- *(Al Oficial Real)* Libradme, señor, de toda esta palabrería, y dignaos, por favor, cumplir vuestra orden.

EL OFICIAL REAL.- Sí, ya se ha retrasado mucho su cumplimiento. Vuestra invitación no puede ser más oportuna. Así que, señor Tartufo; acompañadme a la cárcel, donde se os tiene reservada una celda.

TARTUFO.- ¿A quién? ¿Os referís a mí, señor oficial?

EL OFICIAL REAL.- Sí, a vos.

TARTUFO.- Pero ¿por qué queréis llevarme a la cárcel?

EL OFICIAL REAL.- No es a vos a quien debo dar explicaciones. *(A Orgón)* Tranquilizaos, señor, de esa intensa inquietud que habéis sufrido. Vivimos bajo el poder de un príncipe enemigo del fraude, de un príncipe cuyos ojos saben ver los corazones, y al que no le pueden engañar todas las artes de los impostores. Su alma elevada posee un gran poder de discernimiento y sabe verlo todo de una forma directa e incisiva. Nada es capaz de sorprender su buena fe, y su firme razón no incurre nunca en extremismos. Otorga a las personas honradas una gloria inmortal; y, sin ofuscarse, hace que este celo resplandezca, puesto que su amor a las gentes sinceras no le impide horrorizarse ante las falsas y embaucadoras. Este individuo *(por Tartufo)* no podía engañarle, pues nuestro monarca ha sabido evitar trampas más astutas aún. Merced a su ilustre inteligencia, se ha percatado al punto de la cobardía que encierran las dobleces de ese corazón. Al venir a acusaros él mismo se ha delatado. Por un golpe certero de la suprema justicia, se ha descubierto como un redomado traidor, conocido en muchos sitios, que se hacía llamar por otro nombre. Se trata de un famoso bellaco, ya conocido por el monarca con otro nombre, cuyas fechorías podrían llenar libros enteros. El monarca ha condenado su cobarde ingratitud y la deslealtad que os ha manifestado. Ha añadido los delitos que ha cometido en vuestra casa a la ya larga lista de los anteriores, y me ha encargado que le acompañe aquí tan sólo para comprobar hasta dónde llegaba su desvergüenza, y para explicároslo todo, estando delante él. Sí; quiere que quite a este traidor todos los documentos que os pertenecen a vos, y de los que él se dice dueño y señor. Con su soberano poder, el príncipe rompe los vínculos del contrato en el que le hacíais donación de todos vuestros bienes, y os perdona, por último, el delito secreto que habíais cometido a causa de la huida de un amigo. Este es el pago que os debía por el celo que en otras ocasiones habéis manifestado en defensa de sus derechos. De este modo quiere poner de manifiesto que su corazón sabe, cuando menos se espera, premiar una buena acción; que ningún mérito cae en saco roto, y que siempre se acuerda más del bien que del mal.

DORINA.- ¡Bendito sea Dios!

SRA. PERNEL.- ¡Ahora puedo respirar tranquila!

EDELMIRA.- ¡Qué agradable final!

MARIANA.- ¿Quién lo hubiera creído?

ORGÓN.- *(A Tartufo, que es conducido fuera de escena por el Oficial Real)* ¿Y ahora qué, traidor?.

ACTO QUINTO: ESCENA OCTAVA

La señora Pernel, Orgón, Edelmira, Mariana, Cleanto, Valerio, Damis y Dorina.

CLEANTO.- ¡Detente, hermano! No te rebajes a cometer una indignidad. Deja a ese miserable a merced de su mala suerte y no aumentes el remordimiento que le corroe. Desea más bien que, con esta ocasión, su corazón retorne felizmente al camino de la virtud; que enmiende su vida, detestando su vicio, y que se pueda atenuar la justicia de nuestro monarca, dado que irás a postrarte de rodillas ante él para pedirle clemencia, agradeciéndole así el afectuoso trato que te ha dispensado.

ORGÓN.- Tienes razón, hermano. Acudamos a sus plantas con alegría, a alabar las bondades que nos ha prodigado su corazón. Luego, libres ya de este deber fundamental, tendré que cumplir otro, el de permitir a Valerio ese casamiento que tanto desea, premiando así la pasión de un amante generoso y sincero.

TELÓN